

RELATOS DE UN MUNDO SIN TIEMPO

DANIELLA ZIADE SEGOVIA





EDITORES

**RELATOS
DE UN MUNDO
SIN TIEMPO**

Daniella Ziade

Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2020.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798571927635

Depósito Legal: ZU2020000246

Fotografías: Daniella Ziade

Diseño de la portada: Luis Perozo Cervantes

Corrección: Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación: Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com

+584246723597

Salvo por lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podría ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 *eiusdem*, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

RELATOS DE UN MUNDO SIN TIEMPO

Daniella Ziade

Amaranta

El día que Amaranta aprendió a montar bicicleta, fue el día que su vida cambió. Quizá no fue el hecho de aprender lo que representó un giro para ella, sino todos los eventos que ocurrieron previos a este. Antes del suceso, Amaranta no tenía intenciones de aprender a montar bicicleta, y tampoco se imaginaba que en el corto tiempo desde que decidió hacerlo, hasta que lo hizo, tanto en ella cambiaría. Pero, cada cosa a su tiempo.

Nuestra historia comienza con una joven mujer, que está atrapada en el limbo. Para el ojo desnudo, esto no parece ser cierto. Todo a su alrededor es normal. Sin embargo, si se presta atención, se puede observar que el tiempo en el mundo de Amaranta, se ha detenido sin aviso.

Todos los días, nuestra protagonista despierta, y durante unos minutos observa el ventilador de su techo, dando vueltas con su tic, tic, tic, tic, una y otra vez. Cuando ya ha pasado un tiempo pertinente, se levanta, va al baño, se lava los dientes y baja a desayunar. En la cocina siempre esta su abuela, lavando todo con vinagre.

—Por ahí hay una mosca boba.

Todos los días, la abuela pelea con las moscas, que ignoran por completo su existencia y se posan sobre el paño impregnado de vinagre. Amaranta agarra dos rebanadas de pan, las pone a tostar y saca de la nevera mantequilla, mermelada, jamón y queso. Mientras hace esto, escucha a su abuela arrastrando los pies, y lanzando de vez en cuando un insulto a la odiada plaga.

—Bicha, vete.

Todos los días, Mientras el pan se tuesta, Amaranta sube a su cuarto y se cambia. Se pone unos jeans y una franela gris de algodón. Ya no se maquilla. Una vez lista, vuelve a la cocina y con el pan tostado, la mermelada, la mantequilla, el queso y el jamón se prepara un sándwich. Se sirve un vaso de agua, se sienta a comer. Mastica lentamente, saborea cada bocado, haciendo tiempo. Finalmente, el sándwich se acaba, ya no queda agua en el vaso, la abuela vuelve a pasar el trapo con vinagre. Amaranta lava los platos, y sale a dar un paseo. Afuera, no hay nadie. El sol le muerde los brazos y la nuca. En poco tiempo empieza a sudar. El calor la cansa rápidamente y su respiración se agita pero Amaranta sigue adelante. Llega al parque y se acuesta en su lugar favorito, bajo la sombra del árbol más grande. Siente que la grama le pica la

piel. Pasa un rato ensimismada, olvidándose de las moscas, de la abuela y el vinagre. Pronto pierde el control de sus pensamientos, y estos empiezan a divagar por caminos que normalmente evita. Recuerda cuando todo era diferente, cuando el viento aún agitaba las ramas de los árboles y el silencio no reinaba. Recuerda un abrazo, que la hizo sentir segura y protegida, pero que luego la soltó y al caer se quebró y otro abrazo la recogió, pero las piezas no encajaron igual, ya nunca se sintió completa, luego se paró el tiempo y no supo que hacer, así que ahora se acuesta bajo el árbol grande y deja que sus pensamientos corran detrás de una respuesta que nunca alcanzan.

Un sonido la saca de su mente. Mira a su alrededor, tratando de localizar la fuente. Es un aleteo, cercano, pero invisible. El ruido parece fuera de lugar y la pone nerviosa. Se levanta, se sacude la grama de la ropa, dirige la vista hacia la copa del árbol, tratando de buscar su origen. Todo sigue igual, las ramas están estáticas, esperando que el viento las acaricie, como hace mucho que no lo hace. Sin pensarlo mas, Amaranta emprende su camino de vuelta. Las puertas de las casas están cerradas, y sus habitantes se refugian en ellas del calor, esperando a que el tiempo vuelva. Por la esquina de su ojo, Amaranta ve algo que le llama la

atención. En el jardín de una de las casas, hay una bicicleta. Está segura de no haberla visto antes, e inmediatamente se siente atraída por el brillo de su cuerpo. Se acerca, toca el manubrio y pasa la mano por la pintura rosada que la recubre.

—Te la presto si quieres.

Una niña se encuentra asomada por la ventana de la casa. Amaranta solo puede ver sus ojos, y un cabello largo, negro cayendo sobre sus hombros. Tampoco la había visto antes, la sorprende tanto como la bicicleta.

—No se montar.

—Es fácil. Solo tienes que encontrar tu equilibrio.

Amaranta la mira y luego al vehículo. Impulsivamente, decide aceptar la oferta. Le da las gracias a la niña, con cuidado da vuelta a la bicicleta. Se va con ella hasta un callejón amplio y comienza. Primero, pasa una pierna sobre el asiento, y se apoya sobre él. Le parece incómodo pero piensa que se acostumbrará. Comienza por empujarse un poco con los pies, sin tocar aún los pedales, apenas los levanta del suelo, siente como la bicicleta se inclina hacia un lado. Luego trata impulsándose con uno solo, mientras el otro lo apoya en un pedal, tratando de mantener la bici recta. Pero sin importar sus esfuerzos, la bici siempre se va de lado y amenaza con tirarla al suelo. Amaranta re-

pite este proceso, una y otra y otra vez, hasta que las piernas ya no la dejan. Adolorida, empapada en sudor y frustrada, regresa a su casa caminando. Cuando llega, percibe el olor de la cena.

Todos los días comen carne en salsa, con vegetales y arroz. La carne siempre está ligeramente salada. Después, recogen los platos y Amaranta los lava. A veces le da la impresión que pasa la mayor parte del tiempo haciendo esto. Al terminar da las buenas noches a su abuela, se baña y va a su cuarto, a esperar que llegue el sueño y la lleve hasta el día siguiente. Pero hoy su abuela interrumpe este proceso. Cuando sale del baño, escucha que la llama. Extrañada, la joven va, y encuentra a la anciana parada, mirando algo en el piso.

—¿Eso es lo que pienso que es?

Amaranta se acerca y ve lo que mira su abuela. En el suelo, en una esquina, hay un pequeño cuerpo que resalta sobre la losa color crema. Es un pajarito, un colibrí, yace inmóvil, sin vida. La joven mira la figurita, tan pequeña que parece un juguete, y siente que una oleada de tristeza la invade. Las plumas verdes y azules brillan tornasoles.

—Que lástima. Es muy bonito. Me pregunto por dónde entró.

Amaranta despega la mirada del cadáver, y mira a su alrededor. Todas las ventanas están cerradas.

Recuerda el aleteo que escucho temprano, y se pregunta si era la misma criatura. En ese momento, la abuela hace uso de una pala y una escoba, y recoge el cuerpecito. Esto hace que un escalofrío recorra a Amaranta. Le parece que hay algo incorrecto, casi irrespetuoso en esta acción. No quiere ver como la abuela desecha al animal, así que ahora si se va a su cuarto y cierra la puerta. Se quita la bata de baño, se tiende desnuda sobre la cama, invoca una brisa que nunca llega y trata de entender por que la muerte del colibrí la ha turbado tanto. Observa el ventilador de su techo, dando vueltas con su tic, tic, tic, y piensa de nuevo en el aleteo, en ese sonido que no pertenecía a un lugar donde nada se mueve, donde el tiempo se ha detenido porque significa que puede volar e irse y cambiar. Pero ahora esas alas no pueden llevarlo a ninguna parte, y estará por siempre atrapado en una casa con las ventanas cerradas, ahogándose cada día en el calor, en el vinagre y en las moscas. Amaranta siente como lágrimas inesperadas caen por su rostro y la refrescan. Esa noche, el sueño llega rápido.

Al día siguiente, Amaranta despierta, pero no abre los ojos inmediatamente. Siente que hay algo diferente, algo que falta. Al abrirllos, lo descubre. El ventilador está apagado y el familiar sonido au-

sente. Extrañada, se levanta. Se pone la bata, se lava los dientes, y baja a desayunar. Para su sorpresa, su abuela no está en la cocina. Esta sentada en la sala, leyendo tranquila.

—Buenos días. ¿Ya echaste el vinagre?

—Hoy no han venido las moscas.

Amaranta no sabe que responder a esto. Abre la nevera para preparar su desayuno, pero otro cambio la detiene. Se acabó el pan. Hay huevos y harina, así que prepara una mezcla y cambia el sándwich de siempre por panquecas, huevos y tocineta. Sintiendo más satisfecha de lo que se ha sentido en mucho tiempo, sube a su cuarto a vestirse. Al agarrar su jean de siempre, nota que está lleno de manchas, la franela gris de algodón tiene un hueco en el cuello. Los descarta, abre el closet, saca una falda larga de tela fresca, con estampado de flores azules y moradas, la combina con una blusa ligera, color verde botella. Siente como las prendas se ciñen a su cuerpo, la falda le da forma a su cintura y el roce de la tela contra sus piernas desnudas es agradable. Le da la impresión de que los colores hacen que su piel brille y decide maquillarse.

Amaranta sale a su paseo diario. Encuentra en el garaje la bicicleta rosada, y siente un dolor vago en los músculos de sus piernas y brazos que le

recuerdan la noche anterior. Lentamente rodea el vehículo, analizándolo. Estudia la forma estilizada de su estructura. Le hace un nudo a su falda larga para que no le estorbe, se monta y con sus manos rodea el manubrio. Siente las ruedas, delgadas pero fuertes, que resisten su peso. Coloca el pie derecho sobre el pedal, y con el izquierdo empuja el piso, agarrando impulso y haciendo que las ruedas se deslicen. Por un momento siente que la bicicleta quiere irse de lado, pero siguiendo su instinto logra mantenerla recta. Ya el otro pie ha dejado el suelo y ambas piernas trabajan para mover los pedales. Las ruedas siguen el ritmo, y comienzan a tomar velocidad, al principio dudosas, tambaleantes, y luego mas estables, hasta mantenerse derechas. Amaranta se siente segura, puede controlarlas, también entiende como moverse y hacia donde ir. Ya la bicicleta avanza velozmente montada en ella, Amaranta siente el viento que agita su cabello, escucha los árboles moverse, y ve los pájaros volar. Felizmente, pedalea y sigue, sigue, sigue, porque al fin, tan súbitamente como se detuvo, el tiempo ha vuelto a moverse y ella también.



La novia del cine

El olor de las cotufas fue lo que me hizo salir del cuarto. Mamá sabe que me encantan, siempre tenemos una bolsita de granos en la casa. Al bajar, la escucho hablando con alguien, lo cual no debería ser posible, porque hace semanas que no pasa nadie por aquí. Al abrir la puerta de la cocina, estalla una carcajada y veo en la mesa restos de las cotufas. Solo quedan las conchitas, sal y las pepitas que no explotaron. Sentada junto a estos restos, está mi mamá con su teléfono en la mano, en medio de una videollamada.

—¡Hija! Bajaste justo a tiempo, estaba por contarle a Marilú la historia de la primera vez que fuiste al cine, ¿te acuerdas? —

—Sí, sí me acuerdo. ¿No quedan cotufas?—

—Ahí quedan granos, si quieres haz más—.

Me dirijo al gabinete y saco la bolsita de los granos. Agarro la olla, ya magullada de tantas cotufas que han explotado contra sus paredes, y le pongo un poco de aceite. Escucho el takatikitaki de los granos al caer, los tapo, y prendo la candela. Mientras tanto, mi mamá ha comenzado a contar uno de sus recuerdos favoritos de mi infancia.

—Fíjate que a mi hija siempre le ha gustado ir al

cine. Desde que el abuelo la llevó aquella vez, no ha dejado de ir. No tendría mas de cuatro o cinco años, pero se acuerda perfecto ¿Verdad, hija?

—Si mami.

Mi abuelo era un hombre grande, fuerte, con mucho cabello. De cariño me decía “papá” lo cual nunca entendí, y cuando estaba pequeña me cargaba apoyándome en su barriga. El día que me llevó al cine, compró el combo de cotufas y Pepsi más grande que había. Yo tenía puesto un vestido rosa con un moño blanco en la cintura, medias pantys blancas y unos zapaticos de charol negro. El cabello, me lo habían trenzado con cinta, también blanca. Él usaba pantalones caqui, zapatos marrones y una camisa de botones manga larga, creo que azul. Así es como vestía siempre. Comienzo a escuchar que el aceite sisea, sacudo un poco la olla para mover los granos. No quiero que se quemen.

—Los colores de la boda de mi prima eran rosa y blanco. La niña se veía muy linda y más vale, porque estuve horas haciéndole el peinado. Y mira, se portó de maravilla, ella era la que llevaba los anillos, y caminó todo ese pasillo sin llorar ni nada. El pasillo era largo y estaba alfombrado. El color rojo parecía inundar todo, al igual que ese olor,

como a mantequilla tostada. Me pareció raro que no hubiese flores y aquel rectángulo blanco al final del pasillo. Ahí faltaba algo. Pero mi abuelo me dijo que esperara, que ya iba a comenzar, así que me quedé tranquila, sentada a su lado, con mi brazo rozando el suyo en el apoya brazos. El aceite está empezando a burbujear, lo que quiere decir que falta poco.

—Su abuelo cuenta que estaba muy inquieta, no dejaba de ver para todos lados, mientras esperaban que empezara la película, y cuando se apagaron las luces, en vez de asustarse como otros niños, le preguntó: abuelo, pero ¿dónde está la novia?

La vi caminando por el pasillo, recuerdo pensar que era hermosa, aunque no podía ver su rostro. Su vestido era más blanco que la cinta de mi cabello y en sus manos estaban las flores.

Tac.

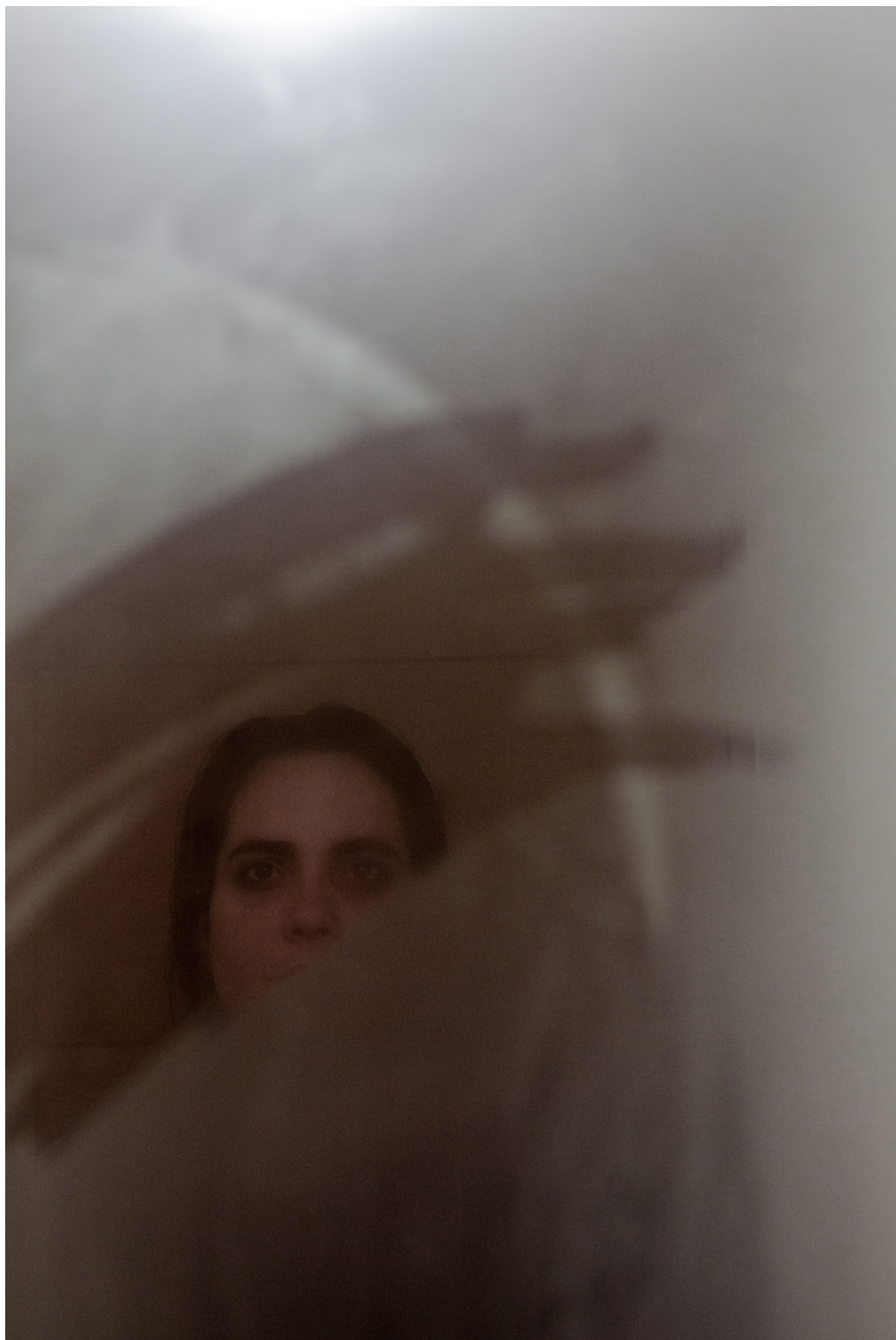
Me voltee para ver si mi abuelo también la veía, pero él no estaba ahí.

Tac. Tac.

Mi mamá y Marilú se ríen de la historia de la novia en el cine, que tantas veces he escuchado.

Tac. Tac. Tac. Tac. Tac. Tac.

La tapa de la olla está empañada y no veo nada, pero ya comienza a oler.



El encuentro

Ahora, cuando salgo a caminar, pienso en ese día y en mi encuentro con la muerte, que muy amablemente me recordó que sigo viva. Siempre que la veo me toma por sorpresa. Esta vez, fue mientras daba un paseo. Era un día caluroso, el sol brillaba de tal manera que me obligaba a ver al piso y no al frente. Así fue que la vi.

Estaba en el suelo, acostada en el asfalto caliente, rodeada de florecitas naranjas y rojas. Nunca la había visto en esa forma. Parecía un pájaro dormido, pero el vacío que sentí al ver la sombra de sus patitas tiesas, me hizo reconocerla. Decidí observarla. Pensé que a lo mejor así podría entenderla.

La última vez que me la encontré tan cerca, no pude contemplarla, porque el cuerpo que decidió ocupar fue el de mi gatita de quince años. Esta vez me atreví a ver su forma, a estudiar el efecto que tiene su invasión. Concluí que antes de ser la muerte, definitivamente había sido un pájaro. Sus plumas se veían suaves y tenía las alas pegadas al cuerpo. Su cabeza ladeada seguía denotando dignidad, y su pecho parecía lleno de aliento. Me dio la impresión de que se veía tranquilo, casi en paz,

dormido entre las florecitas naranjas y rojas. Entonces fue cuando noté que el ojo que pensaba cerrado, no lo estaba. Vi por esa rendija parte de una esfera vacía de vida y entendí que por ahí se coló la muerte, que ese pecho no estaba lleno de aliento sino de ella, y ahora se escapaba por las patitas tiesas, y que esas flores la estaban absorbiendo y que ni ellas ni el pájaro ni yo debíamos estar ahí.

Me fui sin comprender, profundamente turbada por el encuentro. Se me ocurre que la muerte también debe querer sentirse viva. Ver a través de ojos que no estén vacíos, sino llenos del mundo, del sol, de rostros queridos. Apoyarse sobre piernas que caminen y la lleven al mar. Aferrarse con manos fuertes a la existencia. La mía ha cambiado, igual que la de todos. Los días son mas largos y el mundo es mas pequeño.



El reencuentro

Él seguía casi igual. Con menos cabello. Una vez un barbero le dijo que sería calvo. Ella, por otro lado, tenía el cabello por la cintura, antes lo llevaba corto. Ese día, despertaron con antojo de algo dulce, cosa rara porque ambos disfrutaban más de la comida salada. Por eso decidieron salir a comprar algo. Se vistieron con descuido, sin preocuparse mucho. Ella se puso un vestido ligero, sus hombros quedaban al descubierto. El rostro casi desnudo, un toque de rojo en los labios fue suficiente. El se puso sus jeans más viejos, esos rotos que a ella le causaban gracia, un sweater negro y por supuesto sus botas. El camino a la panadería fue particularmente agradable. El día era fresco, de esos que el sol te deja ver y la brisa te abraza. Caminaron con calma, sin apurarse, observando todo. Ella se detenía a ver los árboles, cuya presencia en una ciudad tan caótica siempre la cautivaban. Él se perdía en las grietas de la acera, cada vez más profundas. Por fin, llegaron a la panadería. La habían abierto hace poco, y nunca habían ido, pero tenía buena pinta. Se dirigieron a la caja, y al mismo tiempo dijeron:

— Un croissant de chocolate, por favor.

Fue en ese momento que se vieron. Ella notó sus entradas estaban más pronunciadas, pero los ojos marrones no habían cambiado. El observó su cabello, ahora largo y oscuro, y trató de contar las pecas en sus hombros, a ver si tenía más. Así estuvieron, un instante. Luego, ambos sonrieron, viendose por primera vez después de tantos años.



Café amargo

El sonido la despertó. Abrió los ojos y por un momento se quedó inmóvil, confundida. Aún era de noche. 'Trató de regresar al sueño que estaba teniendo, pero el velo de la conciencia no le permitió encontrar el camino. Volver a dormir sería imposible. Decidió levantarse, pero se encontró atrapada. Aprovechando la oscuridad, las sábanas se habían transformado en serpientes infinitas, enroscándose entre sus piernas. Con sus manos intentó zafarse, pero no podía encontrar el final o el principio del enredo. Podía escuchar su respiración agitada, retumbando contra las paredes de su cuarto, increíblemente ruidosa en el silencio de la madrugada. Por fin, sintió como las criaturas aflojaban, dejando en libertad sus piernas. Se levantó rápidamente, queriendo alejarse de sus captores, y con el corazón palpitando encendió la luz del cuarto. Apretó los ojos, que resintieron el súbito resplandor, detrás de sus párpados vio círculos amarillentos danzando. Al abrirllos, encontró todo normal. Las serpientes volvían a ser sus sábanas, verde menta, y se encontraban desordenadas sobre su cama. En sueños había tirado sus almohadas al piso, y la esquinera se había salido de lugar,

dejando el colchón blanco expuesto. Trató de recordar qué estaba soñando, pero sólo imágenes inconexas venían a su mente. Algo blanco, seguido de oscuridad, y un sonido.

El sonido la despertó. Un zumbido bajito pero constante que taladraba sus oídos y penetró su sueño. Ahora se da cuenta que el sonido es real y no parte de su imaginación. Ahí estaba. Llenaba su cuarto, lo suficientemente sutil como para no ser notado al principio, pero insistente, como el canto de un grillo. Vio la hora, eran las tres de la mañana. Su ventana estaba abierta, dejando entrar una brisa helada que le eriza la piel. Lentamente se acercó y asomó su cuerpo por la abertura, apoyando sus manos sobre el alfeizar. Intentó respirar profundo, pero el aire se había tornado tan frío que parecía congelarse a mitad de camino, y no le dejaba llenar sus pulmones. La oscuridad era absoluta. Esa noche, el cielo estaba vacío, y sin la Luna y las estrellas, nada se podía distinguir en la tierra. En lugar de ver las casas vecinas, los árboles cuyas hojas la arrullaban durante la noche, los autos estacionados en la calle, lo único que veía era lo negro. Un negro impenetrable, inmenso. Cuando había luz, su mundo parecía pequeño, pero ahora la oscuridad no tenía fin. Intentó distinguir algo, cualquier cosa, forzando su mira-

da, esperando que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Pero por más que lo intentara, no podía y llegó a la conclusión de que la oscuridad se lo había tragado todo, que no podía ver la luna, las estrellas, los árboles o los autos porque ya no había nada, sólo quedaba ese zumbido. Cada vez le costaba más respirar, comenzaba a sentir sus manos entumecidas aferradas al alfeizar. Al verlas, notó unos tentáculos que se movían como humo negro y que ya habían rodeado sus dedos. Desesperadamente intentó liberarse, pero esta vez no era su imaginación jugándole trucos en la oscuridad, sino la misma que había cobrado vida y ahora intentaba llevársela como se había llevado todo. Vio su cuarto, y le sorprendió que todo estuviera igual. Su cama seguía desordenada, la luz estaba prendida. Intento volver, pero la oscuridad ya le llegaba a los codos. Desesperada, quiso gritar, pensando que si alguien despertaba la oscuridad se iría, pero el zumbido ahora era tan fuerte que ahogó su voz, y la oscuridad aprovechó de entrar por su boca, y deslizarse por su garganta hasta su pecho, y así pudo extenderse por dentro y no solo por fuera, inundando sus brazos, piernas, su estómago, su corazón, y finalmente sus ojos, hasta que ya no pudo ver la luz de su cuarto, ni las sábanas verde menta, ni el colchón blanco, ni nada.

Había sido una noche difícil para Emiliana. El olor a café la recibió en la cocina, y la hizo sentir normal. Su mamá estaba preparando el desayuno. —Buenos días. —Dijo mientras se servía una taza, y se sentaba a esperar la comida. Como siempre usaba su favorita, ni muy grande ni muy pequeña, de cerámica blanca como tantas otras, pero un con un roto en el borde que la identificaba y le gustaba sentir con su lengua al beber.

—Buenos días. ¿Dormiste bien anoche?

—No. Otra vez tuve pesadilla.

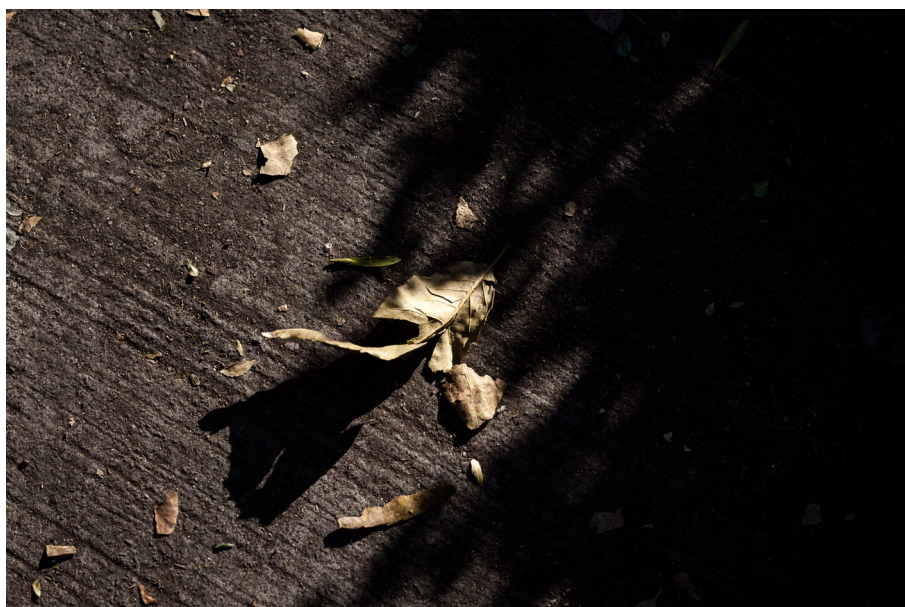
—¿La misma?

Antes de contestar agregó azúcar a su café. Lo tomaba oscuro pero bien dulce. Una, dos, tres, cuatro cucharadas. La verdad es que no recordaba el sueño, pero su efecto era siempre el mismo.

—Sí.

En la superficie del café aparecieron unas cuantas burbujas. Emiliana Las miró fijamente, observando como la luz jugaba con ellas y las hacía brillar. Con un plop, desapareció la primera. El ruido debió haber sido suave, pero fue como una explosión en sus oídos. Le siguió la segunda, y luego la tercera, hasta que con su plopplopplop, todas desaparecieron y con ellas el juego de luz. Ahora solo quedaba el café demasiado dulce, oscuro, completamente negro. Intentó probarlo, pero al

hacerlo el líquido le quemó la lengua, la sensación la sorprendió tanto que dejó caer la taza. La cerámica blanca se partió en mil pedazos y la bebida se derramó en el suelo, formando un charco que cada vez se hacía más grande, tan grande como una piscina, tan oscuro como el fondo del mar, sin dirección ni tiempo, y Emiliana se perdió en sus profundidades, y su grito de terror se extendió hasta llenarlo todo.



En tránsito

Había sido un día largo. Estaba ansiosa por llegar a casa. Llevaba más de veinte minutos atascada en el tráfico. Anocheceía, y la lluvia hizo que el cielo se tornara de un rosa pálido. No podía esperar a darse una larga ducha, e irse a dormir después de una pequeña cena y una buena copa de vino. Sólo de pensarlo le entraba sueño. Un largo bostezo le sacudió la cabeza. Decidió llamar a Victoria. Si alguien la podía ayudar a mantenerse despierta, era ella.

Puso el carro en parking, y sacó su celular de la cartera. Buscó en los contactos frecuentes, y escuchó el repicar mientras esperaba respuesta.

—Hola. ¿Tráfico otra vez?

La voz familiar de su amiga de la infancia la hizo sonreír.

—Hola Vicky. Sí, hoy está terrible. Llevo casi media hora aquí y no he pasado de la bomba de Santa Fe. Sabes como se pone Caracas con la lluvia.

—Si, ni me lo digas. Menos mal hoy salí temprano. ¿Cómo estuvo tu día?

—Largo. Cansado. El idiota de Eduardo otra vez me interrumpió en la reunión de hoy. Estaba presentando mi propuesta para un artículo, y el muy

cínico pensó que era un buen momento de hablar de una historia parecida que el escribió hace mil años. Y después fue tan descarado como para decirme que le gustaba la idea, y que estaba dispuesto a prestarme sus apuntes al respecto, si eso me ayudaba. ¿Puedes creerlo? En frente de todo el mundo, además.

—Ay, Sofi, lo que pasa es que le gustas, ¿sabes? No lo expresa de la mejor manera, pero estoy segura que lo hizo con buenas intenciones. — Se podía escuchar la risa en su voz al decir esto.

—Las intenciones no sirven de nada. Lo importante es lo que dices y haces. Y si fuese cierto que le intereso de esa manera, es algo privado. No tiene porque estar haciendo show en público.

—Sí, sí, tienes razón. Igual, no seas tan dura, a lo mejor si le das una oportunidad, te sorprende.

—Ay, Eres demasiado buena Vicky. Tienes suerte de no tener que lidiar con hombres como Eduardo en el colegio.

—Claro, es mucho más agradable lidiar con ellos cuando lo peor que pueden hacer es pegarte sus mocos en tu camisa. Aunque te diré que los padres se ponen bastante pesados a veces.

—¿Pasó algo?

—Hoy hubo un incidente con uno de los pequeños. Tuve que llamar a sus representantes, y me

pude comunicar con el papá. Resulta que es un hombre muy ocupado, y mi llamada le pareció inconveniente. Le expliqué que mi deber es comunicarme con los padres cuando pasaban estas cosas, y me dijo que mejor me siguiera dedicando a pintar y contar manzanas. La verdad es que no puedo culparlo, porque cuando apareció la mamá me contestó que no necesitaba que una “niña” como yo le dijera como criar a su hijo.

—Unas joyitas. ¿Y que había hecho el niño?

—Mordió a otro en el cachete. Le dejó marcas.

—Pensé que había sido peor. A mí una vez me mordió una prima cuando estábamos pequeñas. Pero fue porque cuando la vi en el colegio me emocioné mucho y corrí a abrazarla. Se asustó y su mecanismo de defensa fue morderme.

—Y seguramente tus profesores llamaron a sus representantes. Con padres como esos, probablemente será peor en un futuro. ¿Ves? A lo mejor por eso Eduardo es así.

—La verdad es que puede que haya exagerado. Estaba de muy mal humor, anoche no dormí casi.

—¿Y eso?

—Tuve un sueño muy extraño.

—A ver, cuéntamelo.

Para este momento la lluvia caía más fuerte, el cielo ya no estaba rosa, sino azul y gris, convirtiéndolo

se lentamente en noche.

—Bueno, fue uno de esos sueños que parecen no terminar nunca. Que despiertas, y apenas vuelves a dormir, siguen donde los dejaste. Cosa que nunca pasa con los sueños bonitos. En éste estaba en mi cuarto y me despertaba. Pero apenas abría los ojos podía sentir que algo no estaba bien. Me estaba costando respirar, y el calor era tal que sentía que la piel me ardía. Me quise levantar a abrir la ventana y así fue como me di cuenta de que no podía moverme. Estaba completamente paralizada. Ya he tenido sueños así antes. Es como si todo tu cuerpo dejara de funcionar y sólo tu mente está consciente. Intenté moverme con todas mis fuerzas, así fuera un dedo, un brazo, cualquier cosa. Fue imposible. Ya estaba comenzando a desesperarme, así que grité. Vicky, grité con todas mis fuerzas, como nunca había gritado antes. Y en ese grito deposité todo mi miedo y frustración, y tendría que haber funcionado. Podía sentir mi propia voz, raspando las paredes de mi garganta, saliendo a decirle al mundo, que yo estaba ahí, que solo estaba atrapada. Pero el sonido se extinguió apenas salió de mis labios. Y lo más raro, es que podía verme a mi misma, acostada, gritando y agitándome, pero era como ver una radiografía viva, mi piel era una cáscara inmóvil, y el esqueleto era

yo, desesperada por liberarme. Y por fin, cuando me quedé sin aire por el grito, me desperté. Abrí los ojos, y esta vez sí podía moverme. Ya no tenía calor, mas bien sentía fresco y vi que la ventana estaba abierta, sobre ella se posaba una figura, oscura, alta y delgada, con los brazos muy largos. No pude distinguir su rostro, porque era todo oscuridad, pero vi sus ojos, amarillos, como dos luciérnagas. No tuve tiempo de reaccionar, porque tan pronto percibió mi mirada, saltó por la ventana, y se perdió en la noche. Cuando desapareció, quise llorar, no sabía si por el miedo de saber que esa criatura estaba observándome o porque se había ido. Me sentía sola, vacía y confundida. Entonces desperté, esta vez de verdad. Por un momento, me quedé perfectamente quieta, temiendo seguir soñando, sin querer moverme por miedo a no poder hacerlo, y sin querer abrir los ojos, temiendo lo que podría o no ver. Pero cuando lo hice, todo estaba tranquilo, como si no hubiera pasado nada. Y en verdad no pasó nada, porque todo fue un sueño. Solo mi imaginación. ¿Será que me estoy volviendo loca? ¿Vicky? ¿Estás ahí?

Vicky se había quedado completamente callada mientras Sofía le relataba su sueño. Solo se escuchaba la estática de la línea abierta por el altavoz y pensó que se había caído la señal, seguramente

por la lluvia. Pero, estaba equivocada, porque después de un momento la voz de su amiga se escuchó claramente.

— Si, estás completamente loca, pero lo bueno es que yo también. Eso que cuentas, lo de la parálisis, lo de sentirte impotente. Lo entiendo. He tenido sueños parecidos. A lo mejor deberíamos conseguirnos un psicólogo

Ambas comenzaron a reírse, reconfortadas de no sentirse tan solas en el mundo y estuvieron de acuerdo en que el psicólogo era buena idea. El sonido estridente de una corneta interrumpió la conversación. El tráfico estaba empezando a avanzar y distraída Sofía no se había dado cuenta. Rápidamente, quitó el freno de mano y puso el vehículo en movimiento.

—Ya está avanzando el tráfico. ¿Hablamos mañana?

—Sí, maneja con cuidado y avísame cuando llegues.

—Seguro.

—¿Sofi?

—Dime.

—Todo va a estar bien.

Trancó el teléfono, dejando a Sofía extrañada, pero más tranquila después de haber conversado con su amiga. El tráfico había avanzado, pero a la

altura del túnel de la Trinidad volvió a detenerse. Sonó su celular, tenía un nuevo mensaje de texto, pero no de Vicky, sino de Eduardo.

“Sofi, disculpa si hoy me pasé en la reunión. Me emocionó que tuviésemos ideas en común, pero creo que no fue el momento ni la manera adecuada para expresarlo. Si me disculpas, me gustaría invitarte un café, y que me cuentes más de tu artículo. Que descanses”

Sofía recordó su frustración durante la reunión, el cuento de Victoria del niño malcriado y sus padres prepotentes, pensó en su sueño, en todo el miedo y la confusión y en esa figura oscura, vigilante, pero ausente. Volvió a leer el mensaje de Eduardo, y sonriendo, pensó que Vicky tenía razón. Todo iba a estar bien.



El viaje del dragón

Los dragones si existen. Te lo digo yo, que soy uno. ¿Y quién eres tú para decirme que no existo? El problema es que no soy lo que debería ser. Por ahí se ha escrito que los dragones son grandes y poderosos, que la sombra de sus alas puede cubrir valles enteros y el calor de su fuego derrite estrellas. Yo soy mas bien pequeño, no se volar, no tengo idea de dónde salió eso del fuego. Soy lo que soy y te digo que soy un dragón. Lo sé porque cuando nací, comí la cáscara de mi huevo y con eso supe lo que tenía que saber sobre mi especie, lo cual es afortunado, la verdad es que nunca he conocido a nadie como yo. Me he cruzado con criaturas parecidas, de cuerpos largos y escurridizos, paticas delgadas pero fuertes, pieles brillantes y unas colas francamente magníficas, aunque ninguna de ellas me pudo decir con certeza que eran dragones, así como yo. “Yo soy una lagartija” me dijo una, “lo sé, porque me lo dijo mi madre, y yo haré lo mismo con mis hijos. Diré: eres una lagartija, así como yo, como tu abuela, como tu bisabuela, como tu tatarabuela y como todas las abuelas de nuestra familia”. Su respuesta me hizo sentir muy molesto. Que fácil es saber lo que

eres, cuando tienes un ejército de abuelas que te lo dice. Pues a mi nadie me dijo que era un dragón y aunque todo el mundo insista en decirme que no existo, yo sé que están equivocados. Así que voy a demostrarlo. Viajaré hasta el fin del mundo si es necesario, pero estoy decidido a encontrar otro dragón y así demostrarles a todos que no soy solo una lagartija.

Es un día perfecto para emprender un viaje. El sol brilla, la brisa acaricia mis escamas y el asfalto se siente calentito bajo mis patas. Ahh no hay nada mas emocionante que tener una meta, un propósito! La expectativa y la anticipación me hacen caminar deprisa, me dan ganas de saltar cuando pienso en la alegría que me va a dar encontrar otro dragón. Este momento es perfecto y nada podría arruinarlo....

—¿Te vas?

Ay no. No, no, no. Creo que puedo hacerme el sordo. Sí, seguiré caminando como si no lo hubiese escuchado y me dejará en paz.

—¿No me escuchaste?

No funcionó. Ahora lo tengo parado frente a mi, mirándome con sus ojitos negros y jorungándose esos bigotes largos, hábito que siempre me ha puesto muy nervioso.

—No. Bueno, sí. Me voy de viaje. ¡Adiós! Ya nos

veremos cuando vuelva.

Ignoro la mirada de confusión que me dirige, y sigo. Ahora sí, puedo seguir disfrutando del camino. El sol ha bajado, pero mis patitas siguen calientes y esa sensación de que todo es posible, y que nada puede deten...

—¿A dónde vas?

Esta pregunta me hizo detenerme.

—Voy a buscar otro dragón, para demostrar que sí existo.

Me mira de nuevo con sus ojitos, esos ojitos negros que brillan como los restos de una botella, con sus patitas vuelve a darse en los bigotes. Me preparo para la acostumbrada negación de mi existencia. Para mi sorpresa, sus orejas se agitan y con un salto se pone a mi lado.

—Te acompaño

—No, no, no. Esto es un viaje que debo hacer solo. Además, podría ser peligroso. No sé como van a reaccionar los dragones si te apareces conmigo, podrían comerte de un solo mordisco.

—Tu no me has comido

—Yo... yo soy diferente.

—¿Y dónde viven los dragones?

—En algún lado.

—¿Y dónde queda algún lado?

—Pues...

Me libró de admitir que no lo sé, porque en ese momento el sol parece apagarse. Mi compañero autoimpuesto emite un pequeño chillido y me empuja con más fuerza de la que pensaba posible hacia unos matorrales. Me tapa la boca con su cola rosada, y me manda a callar. Mira asustado el cielo, y al seguir su Mirada, descubro el por qué. Sobre nosotros está pasando la criatura más hermosa y aterradora que jamás haya visto. Sus ojos amarillos parecen verlo todo, incansables, implacables. Estoy convencido de que descubrirá nuestro escondite, y contengo la respiración. Pienso en lo contento que estaba al iniciar mi viaje, y no puedo creer que vaya a terminar así. Cierro los ojos con fuerza, como si el no ver, hiciera que esto no fuera real. Tengo el corazón en los oídos. Siento que las patitas me sueltan, y la cola libera mi boca, pero yo sigo paralizado.

—¿Vamos?

Me parece que no estoy muerto, así que me atrevo a abrir los ojos. Veo a mi compañero, de nuevo en el camino. Con precaución, me acerco y ahora soy yo quien lo mira confundido.

—Ya sabemos a donde ir ¿no?

Comienza a caminar y al ver hacia donde se dirige lo entiendo. A lo lejos, una sombra alada se pierde en un mar rojo y naranja. Alcanzo a mi compañe-

ro, que no deja de darse en los bigotes nerviosamente y juntos, reanudamos el viaje.

Tengo que admitir que estoy bastante nervioso, por varias razones. En primer lugar, en estos momentos estoy en búsqueda de una criatura aterradora, que probablemente se alimente de animales como yo. Segundo, Si logramos conseguir a dicha criatura, y por algún milagro no nos devora en el instante en que nos vea, es posible que confirme la existencia, o inexistencia, de otros dragones como yo. Por ultimo, mi compañero de viaje no ha dejado de darse en los bigotes en todo este tiempo, y eso me vuelve loco. Decido comunicarle todo esto, a ver si el hacerlo me ayuda a calmar mis nervios un poco.

—No te preocupes, tengo un plan que creo puede funcionar. Disculpa lo de los bigotes, no lo puedo evitar. Veras, ellos me ayudan a notar cosas que otras criaturas no pueden ver, asi que debo cuidarlos. Gracias a ellos, es que pude sentir que se acercaba... ella.

—Y, exactamente ¿que es ella? Nunca había visto algo parecido.

—No se como se llama. Mi especie se mantiene alejada, porque le encanta comernos. —Al decir esto, se vuelve a atusar los bigotes. Me doy cuenta que al hacerlo, sus ojitos pequeños parecen vol-

verse mas alertas, y con rapidez recorren todo nuestro entorno.

—¿Por que vienes entonces? ¿No te da miedo que te coma?

—Si dejara de hacer cosas por miedo a que algo me coma, nunca saldría de mi madriguera.

No se que responder a esto, así que me quedo callado y lo sigo. Lo observo mientras camina, y veo sus patitas que se mueven casi tan rápido como las mías. Al ver su forma, pienso que sin duda no puede ser tan ágil como yo, pero me sorprende la facilidad con la que salta de piedra en piedra, y como su peludo cuerpo cabe por las rendijas más pequeñas. Me parece que todo lo hace sin esfuerzo, y estoy convencido de que se debe a que sabe exactamente lo que es. Si yo tuviera la certeza, sin lugar a dudas, de que soy un dragón como creo serlo, tendría tanta confianza como el. Siento algo en el fondo de mi estomago, como si fuera un reloj de arena que se esta vaciando poco a poco. Para que se me pase tengo que recordarme que si no fuese por mi compañero, aquella criatura me hubiese devorado. Trato de distraerme viendo a mí alrededor. La verdad es que hace una noche muy bonita. La brisa acaricia mis escamas y el cielo esta lleno de estrellas. Hemos dejado atrás el asfalto, ahora caminamos por un camino agreste,

puedo sentir la tierra húmeda y fresca al pisarla, me gusta el olor a césped que inunda mi nariz.

—Ya casi llegamos.

Frente a mi veo que se alza una guarida, muy diferente a todas las que haya visto. No es redonda como las piedras a las que estoy acostumbrado, sino lisa y cuadrada. Puedo ver que adentro de ella hay luz, y percibo un olor que a mi no me gusta, pero que hace que a mi compañero le tiemblen los bigotes y se le agiten las orejas.

—¿Aquí vive ella?

—No, aquí viven los humanos.

¡Ah! Los humanos. Creo que a ellos se les ocurrió aquello del fuego y los dragones. Quiero preguntarle que hacemos aquí, pero en ese momento me pide que haga silencio, así es que lo sigo sin hablar. Entramos a la guarida de los humanos por una grieta entre la piedra y la tierra. Adentro, todo me parece extraño, pero mi compañero parece haber estado antes en este lugar. Lo sigo mientras camina con confianza por el espacio y me guía a través de estructuras gigantescas. Pienso que me gustaría vivir en un lugar así, no en mi matorral. Me parece que mi compañero esta siguiendo ese olor que no logro identificar, pero aun no.... No puede ser!

Al verlo me detengo en seco. El corazón retumba

en mi pecho como truenos contra asfalto. Aquí, frente a mí, sin lugar a dudas, hay un dragón. Lo se porque es idéntico a mi. Sus escamas son de un color azul intenso, como la genciana mas bonita. Sus patas se ven fuertes, flexibles, capaces de aferrarse a las superficies mas lisas. Y su cola. ¡Esa cola! Es magnifica. Lentamente me acerco, y veo como se acerca a mí, devolviéndome una mirada incrédula. Siento la necesidad de tocarlo, así que alzo mi pata y poco a poco la voy acercando a su cara. El hace lo mismo. Nos movemos al unísono, como uno solo, es como si... como si...

—No te distraigas, es solo un espejo.

Si antes sentía truenos, ahora hay un diluvio en mi interior. La voz de mi compañero me saca de mi trance, y por un momento me siento avergonzado de mi error. Decido hacer como si no hubiera pasado nada, aunque por dentro me siento muy confundido.

—¿Me puedes explicar que hacemos aquí?

—Aquí esta la solución a nuestro problema. Y además, tengo hambre. Ahora, no hagas ningún ruido, no deben vernos. Los humanos no son malos, pero le tienen terror a las criaturas como nosotros, y el miedo los pone un poco agresivos.

Pasamos por una rendija pegada al suelo, y el olor que mi compañero ha estado siguiendo me abru-

ma. También me sorprende la visión de los humanos. Hay tres de ellos. Dos parecen ser ya adultos, y uno es más pequeño. Este me recuerda a mi compañero, solo que es mucho mas grande, no tiene pelo, y no creo que pueda sostenerse sobre sus patitas. Se me hace muy simpático. Nos deslizamos en silencio y sigilosos, aprovechando las sombras para ocultarnos, y llegamos hasta nuestro objetivo. Veo restos de tomates que parecen haber sido triturados, un polvo blanco cubre el piso, y también veo algo que parece ser un bloque amarillo. Al verlo, las orejas de mi compañero se mueven incontrolablemente, y me asusta que pueda arrancarse el bigote de la emoción. Sin dudarlo agarra el bloque y dándole vueltas con sus patitas comienza a mordisquearlo.

—¿Qué es eso?

—Esto es queso. Es una delicia! Lo más sabroso que he probado. Antes solo comía matitas, y semillas, pero desde que probé el queso, no puedo resistirlo. Mi familia piensa que estoy loco por venir hasta acá para comerlo, pero ellos no saben de lo que se pierden.

—¿La solución a nuestro problema es un pedazo de queso?

—No. La solución a nuestro problema, esta ahí. Busco con la mirada lo que me esta señalando, y

por un momento pienso que mi compañero esta absolutamente loco. Una criatura gigantesca reposa en una esquina. Su pelaje, en parte negro y en parte blanco, brilla titilante bajo la luz tenue. Parece estar profundamente dormido, pero sus sueños deben ser agitados, porque por momentos arruga el hocico y puedo ver destellos blancos que hacen que mi estomago se sacuda. Su nariz húmeda comienza moverse, olfateando algo, algo, algo. Abre sus fauces, imposiblemente amplias, y confirmo mis miedos al ver el tamaño de sus colmillos. Sacude su cabeza, como espantando el sueño y me quedo paralizado entre las sombras al ver que sus ojos, dos círculos azules fríos como el hielo, parecen mirar directamente hacia donde estoy parado.

Para mi consternación, lentamente estira sus patas y se acerca a nosotros. Esta tan cerca que puedo sentir su aliento cálido, y unos hilillos de baba caen a mi alrededor. En ese momento la criatura abre su enorme boca, y me preparo para ser devorado, pero en cambio lo escucho decir:

—Amigo

Baja su enorme hocico y mi compañero aprovecha para subirse a el. Juntan sus frentes, pequeña y grande, y puedo ver que entre ellos existe el tipo de cariño que fomenta la complicidad. Se acerca

a una de las grandes orejas, y aunque no alcanzo a oír, se que le esta contando acerca de nuestra misión. El hocico vuelve a descender, y esta vez puedo ver que sus ojos se parecen menos al hielo, y mas al cielo en un día de verano. Sin dudarlo me subo a el. Me aferro a su pelaje, suave y cómodo. Me siento seguro acá arriba. Comienza a caminar, siento como su lomo vibra cuando las pesadas patas tocan el suelo.

Juntos, salimos de la guarida humana, y respiro de nuevo aire fresco. Mis pulmones se llenan de él, y me siento feliz. A mi lado, mi compañero sigue comiendo queso, contento simplemente por estar ahí. Me sobresalto cuando siento que el cuerpo de nuestro nuevo acompañante se mueve con más velocidad, hasta que va tan rápido que todo se vuelve borroso. Temo que voy a caerme, pero mi preocupación dura poco, y es reemplazada por maravilla. Tratare de describir esta sensación, para capturarla en mi memoria. En este momento, ya no soy pequeño. Puedo ver el mundo pasar desde arriba, y siento que puedo recorrerlo en un minuto. No hay limites de hasta donde puedo llegar. Pienso, con una sonrisa, que así es como debe sentirse siempre un dragón.

Ya tenemos un rato viajando, y nuestro vehículo viviente se ha cansado de correr, así que camina

lentamente, olfateando cada árbol que ve. Esto hace que nuestro avance sea lento, ya que nos hemos adentrado en un bosque cercano a la guarida humana, y como deben saber, en los bosques hay muchos árboles. La sensación de triunfo que sentía hace un rato ha disminuido, y ahora me invade la inquietud. El bosque no me gusta. Me parece frío, extraño, ajeno. Las ramas de los árboles, débilmente iluminadas por la luz de la luna, asemejan criaturas raras y retorcidas, casi amenazantes. A cada momento, escucho hojas crujir bajo el peso de otros animales, que permanecen ocultos, sin declararse amigos, o enemigos. Mi pequeño compañero observa todo con atención.

—¡Alto! — Dice. — Mis bigotes me dicen que por aquí cerca, hay algo.

Desciende al suelo, y comienza a olfatear, hasta detenerse ante una forma que no puedo identificar. También me bajo y me acerco hasta el, para ver que fue lo que le llamo la atención. No se que es lo que veo, pero hace que un escalofrío me recorra el cuerpo. A mi lado, escucho al gigante gruñir, y entiendo que siente lo mismo. Es ovalado, sólido, un poco mas grande que yo, pero no es una piedra. Tiene la apariencia de estar compuesto de pelos, y algo duro, blancuzco y delgado, que brilla bajo la luz de la luna y parecen...

—Huesos. Si, definitivamente estamos llegando. Y nuestra aterradora amiga parece estar lista para cazar de nuevo.

—No me parece que esto sea buena señal. ¿Estas seguro de que es un buen plan?

—No, pero ya estamos aquí. ¿De verdad te quieres devolver?

Veo a mis compañeros, que me miran expectantes, esperando mi respuesta. El pequeño, la criatura mas valiente que he conocido, y el grande, la mas generosa. Me siento cobarde y egoísta. Recuerdo las patitas pequeñas protegiéndome, y el cuerpo grande y poderoso enseñándome una nueva manera de ver el mundo. Si he llegado hasta aquí, es solo gracias a ellos, y no quiero decepcionarlos. Asi que tomo mi decisión. No hay vuelta atrás, nos enfrentaremos al peligro, juntos.

Camino lentamente, con cuidado de no hacer ruido y tapando mi cuerpo con una hoja caída. Me da la impresión que el sonido de mis latidos retumba en el silencio del bosque, y delatara mi posición. Un árbol se alza ante mi, tan alto que no logro ver su copa. Por un momento me pierdo en el sinuoso patrón de su corteza. El sonido del viento pasando entre sus hojas me saca de mi ensimismamiento, y recuerdo por que estoy aquí.

—¿Hola?

Al principio no escucho nada, mas que el eco de mi voz y el débil silbido del viento. Comienzo a pensar que no obtendré respuesta, cuando de lo alto del árbol, escucho como las hojas se agitan, y las ramas truenan. Se que no es el viento, porque el sonido de un aleteo acompaña este movimiento, y sobre mi veo a la criatura volando en círculos, tapando por momentos la luna en su intento de encontrarme.

—¿Que ser se atreve visitar mis aposentos?

Su voz me hace apretar los dientes, tengo que resistir el impulso de huir. No digo nada, es momento de poner nuestro plan en marcha. La voz de mi pequeño compañero llena la noche, escondido también entre las hojas, y me hace sentir mas valiente, aunque este lejos de mi.

—Venimos buscando tu sabiduría. Tenemos una pregunta para ti.

La criatura desciende, y aterriza con sus garras en el suelo, haciendo que la tierra se levante y nuble mi visión. Camina lentamente, escaneando con sus ojos amarillos el terreno, buscándonos.

—Salgan de su escondite, pequeños, y les concederé una respuesta.

—No lo haremos hasta que nos escuches.

Esto la hace reír.

—Que adorables. ¿Y por que habría de hacerlo?

El sonido de mi voz la guía hacia mí, pero mi compañero interviene justo a tiempo. Aprovecho la distracción para cambiar de posición, y seguir confundiendo a la criatura, que escucha atentamente a mi amigo.

—Si nos respondes, saldremos de nuestro escondite, y podrás comernos.

—Y si no lo hago, igual me los comeré. Pero, estoy de buen humor, así que los escucharé. Adelante, hagan su pregunta.

Por fin llegó mi momento. Después de tantas dudas, tanto miedo, voy a obtener mi respuesta. La criatura me está dando la espalda, y respiro profundo en preparación a lo que viene. Me cuesta conseguir mi voz, pero finalmente logro decir:

—Criatura, dinos, por favor. ¿Existen los dragones? ¿Existen más seres como yo?

Lentamente, sin mover su cuerpo, el cuello de mi adversario comienza a girar, a torcerse imposiblemente, hasta dirigir su rostro afilado hacia donde me encuentro parado. Contengo la respiración, tratando de permanecer inmóvil, temiendo que me descubra.

—Presta mucha atención a mis palabras, pequeño, porque no las repetiré. Los dragones existen. También las hadas y las sirenas. Los unicornios, los elfos, los ogros, los demonios y los duendes.

Todos ellos son reales, tanto como tu y yo. Y lo son porque se encuentran vivos en la imaginación, en las historias de los abuelos y los sueños de los niños. En cuanto a tu otra pregunta, la respuesta es no. No existen mas criaturas como tu. He devorado muchos animales parecidos a ti, pero todos han tenido un sabor diferente. Cada criatura es única en su especie, y la diferencia no esta en el color de sus escamas o el largo de su cola. Esta en el interior de cada uno. Por eso, ya no puedo esperar a saborearte.

Con una velocidad escalofriante, la criatura hace que el resto de su cuerpo gire, y abre sus gigantes alas. De un salto se eleva del suelo, y veo como se precipita hacia mí, abriendo su afilado pico, que brilla como metal bajo la luz de la luna. De pronto, un gruñido gutural llena el aire y de la oscuridad surge un gigante, con ojos de hielo y colmillos afilados. Es mi amigo, que salta sobre el ave, y desvía su ataque, justo a tiempo. Me alejo todo lo que puedo, y veo el enfrentamiento. La criatura es feroz, pero el tamaño de mi defensor la intimida, y con un chillido se eleva en el aire, desapareciendo entre las ramas de los árboles, buscando refugio en su guarida.

No lo puedo creer. Nuestro plan ha funcionado. Seguimos vivos. Me acerco al gigante, que está

sentado lamiendo su pelaje, tranquilo como si no acabara de participar en una implacable pelea. Baja su enorme hocico, y me subo, agradeciéndole por su ayuda. Nuestro otro compañero se une a nosotros, y con tristeza dice:

—Lamento que no hayas conseguido las respuestas que querías.

Permanezco callado un momento, pensando en lo que me acaba de decir. Debería sentirme decepcionado, ya que después de tanto esfuerzo y peligro, resulta que estaba equivocado. Sin embargo, una sensación de calidez llena mi cuerpo. Sentado sobre el cómodo pelaje del gigante, y viendo a mi compañero darse en los bigotes, me doy cuenta que he conseguido en este viaje algo real y mucho mas poderoso que los dragones.

—No fueron las respuestas que quería, pero si las que necesitaba. Ahora, después de todo esto, se me ha abierto el apetito. ¿Creen que en la guarida humana pueda conseguir un par de ricas arañas?

—Seguramente. Y estoy seguro de que si pruebas el queso, te gustará tanto como a mí.

—No lo creo, pero estoy dispuesto a probar algo nuevo. ¿Vamos?

—Vamos.

El gigante se pone de pie y comienza a caminar. Poco a poco acelera el paso, y nuevamente le doy

la bienvenida a la sensación de estar volando. Le decimos adiós al bosque y a esta aventura y juntos nos embarcamos a una nueva, con la maravillosa certeza de que no soy un dragón, soy una lagartija que se hizo amiga de un perro y un ratón.



Emma

Eran las nueve de la noche y Emma apenas estaba llegando a su casa. De nuevo, le había tocado quedarse hasta tarde en la oficina, enterrada en una montaña de papeles que no la liberó hasta muy pasada su hora de salida. Le dolían los ojos, la espalda baja y la cabeza. Tenía mucha hambre, pero no contaba con energías para cocinar. Abrió su nevera, y la encontró vacía. Solo había unos cuantos vegetales mustios y sobras de pollo. Este último lo sacó, lo calentó y se lo comió sin sentarse, apoyada contra el tope de la cocina. De postre, consiguió una manzana que llevaba muchos días. Le quitó las partes que estaban feas y se la devoró también. Dejó el plato sucio en el fregadero, fue a darse una ducha. Sintió como el agua caliente recorría su cuerpo, relajando cada uno de sus músculos, que resentían el mal uso que les daba. Al salir, se sentía un poco mejor, y decididamente lista para dormir. Se puso la pijama, sacó el celular de su cartera para poner la alarma del día siguiente, pero la visión de diez llamadas perdidas de su mamá la detuvo. Sin perder el tiempo, le marco de vuelta. Mientras oía el teléfono repicar, sentía como el miedo iba creciendo en su estómago,

expandiéndose ácido hasta llegar al fondo de su garganta. Algo había pasado.

Por fin, escuchó la voz de su mamá al otro lado del auricular, con un tono metálico, y ligeramente nasal.

—Hija. Por fin.

—Hola mami. Disculpa, me estaba bañando, llegué tarde otra vez ¿qué pasó?

—Ay hijita. Lo lamento mucho. Es tu abuela....

Después de esto, Emma ya no escuchó nada. No necesitaba hacerlo, pues sabía las palabras que seguían. Tenía tiempo esperando esta noticia, pero eso no hizo que escucharla fuera menos doloroso. La voz de su madre era lo único que la reconfortaba, las lágrimas fluyeron, cayendo en cálidos surcos sobre su rostro e inundando su corazón. Por unos segundos, se quedó sin palabras, abrumada por el sentimiento de pérdida. Respiró hondo y pudo volver a hablar.

—Mañana llamo a mi jefe y le digo que voy a tomar mis días de vacaciones, tengo muchos acumulados. Nos vemos pronto, mami.

Después de varias horas en el avión Emma sentía sus piernas entumecidas. Estaba ansiosa por aterrizar y poder estirarlas. Su impaciencia se debía a las ganas de pisar de nuevo su tierra. Tenía cuatro años fuera del país, y el mismo tiempo sin ver a sus

padres, mas que a través de la pantalla del celular. El irse no había sido fácil, pero fue una decisión tomada prácticamente desde su infancia. De donde ella era, lo común es que los jóvenes busquen un futuro mejor en otro lugar. La mayoría de sus amigos estaban regados por el mundo, al igual que su familia. Sus padres habían decidido quedarse, sólo porque no tenían opciones para irse. Ella lo hizo justo después de graduarse de la universidad, cumpliendo con la respuesta que siempre le daba a todo el que le preguntaba: ¿cuándo te vas a ir? Ahora volvía a su hogar, y el corazón le latía deprisa, golpeando las paredes de su pecho tan fuerte que estaba segura que el resto de los pasajeros podían oírlo. Pero a su alrededor los ocupantes de los pocos asientos llenos, no le prestaban la menor atención. Finalmente, se escuchó la voz del capitán, distorsionada por los altavoces del avión:

“Estimados pasajeros, su capitán les informa que dentro de unos minutos estaremos aterrizando en el aeropuerto internacional de Maiquetía. Por favor, permanecer en sus asientos con el cinturón de seguridad amarrado hasta que se apague la señal de aviso.

Dear passengers, this is your captain speaking to let you know that in a few minutes we will be landing in Maiquetía Internatio-

nal airport, please remain seated and fasten your seatbelts until the signal is off”.

Emma abrió su ventanilla y vio a lo lejos el paisaje conocido, intacto en su memoria. Mar, tierra y montaña, esperándola. El aterrizaje llegó sin incidentes y el resto de su proceso de viaje también. No tuvo que esperar para recoger su maleta, ya que traía solo equipaje de mano, lleno con lo indispensable para unos pocos días. Caminó arrastrando el carry on por el viejo aeropuerto, reconociendo el espacio, que contradictoriamente había cambiado mucho, aunque seguía estando igual. Demasiado grande para tener tan poca gente recorriendo sus pasillos. Emma escaneó el lugar con la mirada, buscando ojos familiares, y cabellos del mismo color que el suyo. Ahí, haciendo señas, los vio. Ella estaba igual, un poco más delgada. Él, con la cabeza salpicada de gris y algunas arrugas nuevas en el rostro. Caminó lo más rápido que pudo, hasta que su paso se convirtió en trote, y al alcanzarlos fue recibida en un abrazo que no tenía comienzo ni final. Sintió los cuerpos de sus padres, rodeándola, sosteniéndola. Las lágrimas de su mamá le humedecieron la blusa, y sintió la mano pesada de su papá posándose sobre su cabeza, reconfortante. Por fin, estaba en casa. El olor a mar la acompañó en el camino. Por su

ventana veía figuras morenas contra la arena clara, ataviadas de colores brillantes. Casas, ranchos, edificios, todos se mezclaban y se confundían. Después de poco tiempo, llegaron hasta el familiar túnel que los transportaría del paisaje playero, a la ciudad. Su mamá estaba hablando, contándole las últimas noticias de la familia, pero Emma no le prestaba atención. Todo su ser estaba concentrado en la vista que se le revelaba en frente. Ante ella, el cielo azul intenso arrojaba una extensión de verde, un verde único a su mirada, que veía cada vez que cerraba sus ojos y se dejaba extrañar, de un tono salvaje, indomable, incluso por el urbanismo desenfrenado que se había convertido en ciudad. Caracas, viva, única, amada y odiada en igual medida, tentadora y hostil, para García Márquez la ciudad fugitiva de la imaginación, era para Emma, un lugar de contradicciones que caracterizaban no solo su paisaje y su arquitectura, sino también a su gente, sus costumbres, y la vida misma que llevaban desde hacía tantos años que no recordaban otra. Bajó el vidrio de su ventana y dejó que el aire entrara en el carro, llenándole los pulmones, fresco y familiar. Ya no quedaba rastro del aroma salado que asociaba con la playa, ahora la mezcla de lo cotidiano con la hierba invadía sus sentidos y agitaba sus recuerdos. Llegando a

casa vio que el puestico de empanadas estaba ya cerrado, pero le alegró saber que seguía ahí, así como la panadería, que su mamá ahora llamaba “la joyería”. En unos minutos, estaban entrando al estacionamiento del edificio.

—Veo que no han arreglado las filtraciones —
Dijo Emma al bajarse del carro.

—Si, las arreglaron, pero volvieron a salir. —Su papá la ayudó con el equipaje de mano y juntos caminaron hasta el ascensor.

—Ya quiero llegar a bañarme. Estoy cansada.

—Bueno, aprovecha y te metes apenas lleguemos hijita, porque cortan el agua a las ocho. Mientras yo preparo la cena. ¿Qué te provoca?

—Arepitas.

Su madre sonrió.

—Me imaginé. Y te compré quesito de mano y también cachapas, las que vende el señor ese en el estacionamiento de Locatel. Pensé que tu visita era una ocasión digna para celebrar y darnos un gusto.

—Que rico. Las cachapas las guardamos para el desayuno.

Entraron al apartamento. Era un edificio viejo, y la vivienda era de buena construcción. El espacio era amplio, la cocina había sido remodelada en cemento pulido, un toque moderno que el dueño

anterior le había querido dar unos 40 años atrás. Al pasar la cocina, se entraba en una gran sala, que compartía el comedor. Una mesa redonda de madera estaba hacia la derecha, decorada con un mantel de punto blanco y un jarrón de cristal con orquídeas artificiales, perfectamente limpia, aunque hacía mucho que no se usaba. Los muebles de la sala eran de madera, tapizados con una tela brocada color crema, ya desgastada con los años. Las paredes necesitaban una capa de pintura, el piso de losa marrón estaba impecable. Sobre el sofá más largo, un gran cuadro del Ávila vigilaba la estancia. Emma sonrió al verlo. Nunca pensó que una de las cosas que más extrañaría de Caracas iba a ser ese ídolo cotidiano, que la había acompañado a diario cuando iba al colegio, a la universidad, y luego en su regreso a casa. La montaña rodeaba la ciudad y se asomaba simpática entre los edificios, siempre haciendo juegos con el sol que la cambiaban de color, para acompañar el humor de su público. Durante los últimos cuatro años, había extrañado verla, marcando un horizonte sinuoso, lleno.

Dejó a sus padres encargándose de la cena, y fue a su antiguo cuarto. Le causó curiosidad ver que estaba igual. Sus cosas exactamente donde las había dejado. La cama tendida, esperándola, con su

duvet morado y los cojines estampados de flores. Las paredes cubiertas de posters de su infancia, mostrando caras célebres congeladas en el tiempo. Incluso la silla de la esquina tenía un pantalón tirado encima, como si le hubiera dado flojera recogerlo el día anterior. Se sintió reconfortada por la familiaridad y la intimidad que sentía con este espacio, con los objetos. Era como reencontrarse con amigos del pasado.

Una hora mas tarde, estaban los tres sentados al rededor de la mesa de la cocina.

—Entonces, ¿ahora que? — pregunto Emma, mientras le ponía mantequilla a su arepa.

—Bueno, mañana tenemos que estar en el cementerio temprano, yo creo que si salimos de aquí a las ocho estamos bien. Así que pon tu alarma. Primero es la misa, y después recogemos las cenizas. Creo que voy a comprar algo para picar, tu sabes, para darle a la gente que vaya. No creo que sea mucha la verdad, ya no se ni a quien conocemos en Caracas.

—No es necesario que compres nada, Carmen, la gente no va a socializar a un funeral. Su papá había estado callado durante toda la cena. Generalmente era de pocas palabras, pero Emma entendía que este silencio era diferente. Su mamá lo miró, y acariciando su rostro con una mano, le

dijo:

—Yo sé. Pero unas galletitas suben el ánimo. La comida une, Jorge, y la gente unida es más fuerte. Y si algo se hace en un funeral es buscar fortaleza.

En el rostro de Jorge se asomó una ligera sonrisa y no dijo mas nada. Para este momento, ya los platos estaban vacíos. Carmen se levantó, recogiénolos. Emma y su papá se quedaron en la mesa, compartiendo el silencio. Sin decir palabra, la joven extendió su mano y la puso sobre la de él. Éste le respondió abriéndola, juntaron sus palmas, un gesto que compartían desde su infancia. Emma sintió el ardor de lágrimas contenidas en sus ojos, sonrió al ver sus sentimientos reflejados en el rostro de su padre.

—Esta bien hijita. Ya era el momento.

—Me alegra poder haber venido.

—A nosotros también. De hecho, te queríamos pedir un favor.

—Claro, dime.

—Bueno, sabes que en estos últimos años mi mamá... tu abuela no estaba bien de la cabeza. Se encerró en su casa. Tengo mucho que no entro porque las veces que iba a llevarle comida, no me dejaba, pero me imagino que es un desastre. Debe tener cosas acumulándose ahí desde hace años, y

sabes que siempre espantaba a las personas que contratábamos para ayudarla a mantener la casa. Sé que probablemente no es así como quieres pasar tu viaje, pero ¿crees que podrías ayudarnos revisando las cosas? Ver que vamos a donar, que podríamos vender... Tu mamá y yo planeábamos hacerlo, pero tenemos que encargarnos del consultorio. No nos podemos dar el lujo de tomarnos más días libres.

—Sí. No se preocupen, yo me encargo de eso. Ahora, me voy a dormir, estoy cansada del viaje. Y mañana será un día largo. Bendición.

Se levantó, le dio un beso a su papá en la cabeza. Luego a su mamá, que fregaba los platos, en la mejilla.

—Dios te bendiga.

Emma estaba triste por la pérdida de su abuela, por las preocupaciones de sus padres. Pero no se sentía culpable de la felicidad que le daba el estar ahí, y escuchar esas palabras en persona. Terminó de dar las buenas noches y se fue a su cuarto. Se acostó sintiendo el peso familiar del duvet, por primera vez en mucho tiempo, se quedó dormida con facilidad.

Al día siguiente, se despertó a las seis sin necesidad de que la alarma sonara. Afuera, todavía estaba oscuro, podía ver el reflejo azulado del cielo

entrando por su ventana, en ese tono particular que solo adquiriría justo antes del amanecer. Se quedó en la cama por un momento, estirándose, disfrutando del peso de su cuerpo sobre el cómodo colchón, las sábanas suaves enredadas entre sus piernas y su cabeza hundida en las almohadas. Se sentía descansada, casi relajada. El sentimiento se esfumó al recordar el compromiso que le esperaba. Con un suspiro, se levantó, dispuesta a arreglarse. Se dirigió a su equipaje de mano, pero se detuvo al ver la puerta de su closet. Cuando se fue del país, dejó la mayor parte de su ropa atrás, teniendo en cuenta el límite de peso del equipaje. Lo abrió, y su mirada recorrió lo que había adentro. Con una mano acarició los colores y texturas que habían sido suyas durante la mayor parte de su vida. Decidió ponerse un vestido que casi había olvidado, antes era su favorito. Era negro, de punto, manga larga y con el cuello en forma de “v”. Siempre le había gustado como le quedaba, y ahora viéndose en el espejo, le parecía que aún la favorecía, aunque si lo sentía un poco más ajustado. Terminó de arreglarse y salió a encontrarse con sus padres.

El cementerio del Este seguía exactamente igual que la última vez que había estado ahí. En sus veintiocho años, Emma había asistido a nueve fu-

nerales. El de su abuela sería el décimo. Siempre le había parecido una experiencia extraña. Las capillas del cementerio eran privadas, pero se ubicaban en un espacio común, así que los dolientes terminaban mezclándose unos con otros. Uniformados de negro, a veces era imposible distinguir a las diferentes familias, y quién lloraba por quién. Entraron a la capilla que les correspondía, sencilla, amplia, con algunas sillas negras, una simple corona de flores y el ataúd en el centro de la habitación. Al verlo, el corazón le comenzó a latir más deprisa. En nueve funerales se las había arreglado para no ver al difunto, y se estaba preguntando si podría salirse con la suya una vez más. Ya había personas adentro, rostros conocidos y desconocidos prestando sus últimos respetos al cadáver de su abuela. Varios se les acercaron, dándoles el pésame, comentando lo maravillosa que había sido en vida y lo bueno que era ver a Emma, tan crecida y bonita. Emma siempre había pensado que algunas personas veían los funerales como una oportunidad de ponerse al día sobre la vida de los demás, en lugar de despedir una, pero complació a los asistentes respondiendo sus preguntas, que la mantenían alejada del ataúd.

—Que bonita estás niña ¿por qué no tienes novio?

—Entonces, ¿estás viviendo sola? La juventud de hoy si es atrevida, jaja.

—Y, ¿todavía haces esos dibujitos tan lindos? Me imagino que ahora que tienes un trabajo de verdad no tendrás tiempo.

Afortunadamente, en ese momento llegó el sacerdote, y Emma se salvó de seguir contestando. En unos segundos, la habitación quedó en completo silencio y con una voz que intentaba ser solemne comenzó la ceremonia. Emma escuchaba sin prestar atención, dejando que el sermón le sirviera de fondo para sus pensamientos. Aprovechó para observar a la gente. Le llamó la atención una señora, que se había posicionado cerca del cura y del ataúd, lloraba desconsoladamente, sin disimulo, como si su pena fuera tan grande que merecía ser vista por todos. Emma no tenía ni idea de quién era esta persona, y miró de reojo a su papa, que sonrió tímidamente, torciendo los ojos le dio a entender que él tampoco la conocía. Emma contuvo la risa que le causaba el absurdo personaje, y ahora se distrajo porque en una esquina, semi ocultos por la falda de su madre, estaban dos niños pequeños, completamente ajenos a la pérdida, jugando con una tablet. Habían empezado a discutir, quien sabe por qué, y la mamá los amenazó con quitarles el juego si no se quedaban

callados. Le dio curiosidad saber qué estaban jugando, cuando un movimiento llamó su atención. Una persona estaba llegando tarde, y trataba de entrar con disimulo para no interrumpir. Por un momento, pensó que se trataba de alguien que se había confundido de capilla, pero tras observarlo con más atención, reconoció los cabellos marrones y el perfil aguileño. Sintió un vacío en el estómago causado por la sorpresa de ver ese rostro familiar.

—¡Mamá!

—Shhh.

—Shh nada. ¿Me puedes explicar qué hace Aureliano acá?

—Hija, por Dios, haz silencio.

—Respóndeme mamá, ¿qué hace acá? Pensé que ya no estaban en contacto.

—Bueno, la verdad es que hablamos de vez en cuando. Y tú sabes que le tiene mucho aprecio a tu papá, no me sorprende que haya venido. Es un buen muchacho.

Emma casi deja escapar una carcajada incrédula.

—Me tenías que haber avisado que...

—¡Ejem!— el sacerdote había notado la conmoción y resentía el haber sido interrumpido, así fuera por los dolientes más cercanos. Los miró severo por encima de sus lentes de montura gruesa.

Luego de un silencio incómodo suficientemente largo para que todos se dieran cuenta de que el regaño iba dirigido a la nieta de la difunta, continuó con su discurso. La madre de Emma la miró de la misma forma que lo hacía cuando estaba pequeña y decía alguna imprudencia infantil en público, frunciendo su rostro de tal manera que le recordaba a un chihuahua molesto. La joven no dijo mas nada, pero cruzó los brazos y miró de reojo al fondo de la habitación. Ahí estaba Aureliano, mirándola y sonriéndole tímidamente. Emma lo ignoró y dirigió su vista al frente, decidida a centrar toda su atención en el sermón. Era el funeral de su abuela.

Ella había sido una mujer hermosa. Todo el mundo siempre lo decía. Que bella es Elena, y que elegante. La recordaba cuando era niña. Salían juntas, con su abuelo y entre las dos lo obligaban a hacer lo que ellas querían. Estaba siempre impecable, cada vez que la veía parecía que acababa de salir de una peluquería. Luego murió el abuelo, y poco a poco la abuela Elena empezó a alejarse. Ya no salían como antes, y casi nunca llamaba. Se le olvidaban los cumpleaños, y finalmente dejó de atender las llamadas, recluyéndose en su gran casa, sin salir más que para comprar comida. Luego ni para eso, haciendo que su hijo se la llevara.

En los cuatro años que Emma tenía fuera del país, había hablado con su abuela media docena de veces. Había sido duro para ella, que no comprendía el motivo de este distanciamiento, pero sabía que tenía que haber sido peor para su padre. La muerte de la abuela hacía que no sólo florecieran sentimientos de luto, sino también que volvieran a la superficie antiguos rencores, viejas dudas.

El sacerdote terminó su sermón, nuevamente hubo movimiento en la habitación. Emma pensó que había llegado el momento de acercarse al ataúd, pero varias personas se le adelantaron. Aliviada, se quedó junto a sus padres, que recibían el pésame de un viejo amigo de Elena.

—Siempre estuve enamorado de ella ¿saben? Ese Enrique me ganó, pero nunca perdí la esperanza. Disculpen mi atrevimiento, a esta edad ya no da pena nada. Ahhh el tiempo es realmente increíblemente. Mi mujer murió el año pasado. No, no, no lo lamenten. Estuvimos casados cincuenta y dos años, ya era suficiente...

—Hola, Emma.

La voz de Aureliano la sacó de la conversación con el anciano. De repente estaba frente a ella, luciendo igual que lo hacía cuatro años atrás. El mismo corte de cabello, los mismos grandes ojos marrones, la sombra de una barba que crecía ape-

nas terminaba de afeitarse. Aún después de todo ese tiempo, ver su alta figura la ponía nerviosa. Y eso, le molestaba.

—Hola.

—Aureliano! Hijo, que bueno verte.

—Carmen. Lo mismo digo, lástima que sea en estas circunstancias. Jorge, lo lamento mucho.

—Gracias, gracias.

—Emma, me alegra verte.

Emma sintió como el rostro se le ponía caliente. Una mezcla de sentimientos amenazaban con salir a la luz, rápidamente se recompuso y sin responderle, dijo:

—Papá, dame las llaves del carro

—¿Qué?

—Las llaves del carro. Me voy a casa de la abuela, quiero aprovechar lo que queda del día.

—Pero hija, estamos en pleno velorio, todavía hay que esperar un rato para la cremación, y después para que nos la entreguen...

—Mami, yo se lo que va a pasar, y creo que seré más útil en casa de la abuela que aquí. ¿Por favor? Se le quedaron viendo desconcertados, pero sin hacer mas preguntas, su papá extendió la mano y le entregó las llaves. Sin ver a Aureliano, besó a sus padres y comenzó a alejarse, escuchando que su mamá decía:

—Pero Jorge, ¿cómo nos vamos a devolver nosotros a la casa?

—No te preocupes. Yo los puedo llevar. — Respondió Aureliano.

Torciendo los ojos, Emma siguió su camino. Pausó un momento para mirar por última vez el ataúd que contenía los restos físicos de su abuela. Se llevó los dedos a los labios, besándolos y despidiéndose este gesto, dispuesta a recordarla como era en vida. Una vez en el carro respiró profundo. Se sentía culpable por la manera en que había actuado, por irse temprano del velorio. Pensó de nuevo en la presencia de Aureliano, y la culpa fue reemplazada por molestia. Tendrían que haberle dicho que iba a estar ahí. Verlo así, sin aviso, se había sentido como una emboscada. Tratando de alejar esos pensamientos de su cabeza, encendió el auto.

Pronto dejó atrás toda cavilación sobre Aureliano, y se concentró en el camino, en la percepción de control que le daba sentir el volante bajo sus manos. Al cabo de un rato, estaba llegando a la casa que había pertenecido a sus abuelos durante cincuenta años. Emma no podía recordar la última vez que había estado ahí, pero sí que en ese entonces el lugar lucía diferente. Era una casa grande, señorial. Había sido construida por su abuelo en

los años setenta, una época de auge económico en Venezuela, durante la cual un hombre común podía darse el lujo de comprar un terreno y construir una casa para su familia, además de mantenerla. La residencia se ubicaba en una zona algo remota, apartada de la ciudad. Su acceso era intimidante, ya que para llegar a la entrada había que atravesar una subida de tierra tan empinada que parecía imposible que un carro común pudiera hacerlo, y a pie era prácticamente una hazaña. Una vez vencido este obstáculo, llegabas a la entrada principal, que a diferencia de la mayoría de las casas en Caracas, no había sido bloqueada con un muro o una reja, ya que la familia había confiado en la remota locación como suficiente protección de la creciente inseguridad. Cuando Emma era pequeña, disfrutaba mucho visitar a sus abuelos. La enorme casa era como un parque de diversiones para su imaginación. Dos pisos, una docena de habitaciones y un patio eran el terreno perfecto para buscar tesoros, huir de piratas y conjurar hadas. Hoy, la pintura roja de la puerta de entrada estaba descolorida, y la grama demasiado crecida. Los muros exteriores, manchados y corroídos por el paso del tiempo, la hierba reclamaba su territorio asomándose por grietas que llevaban años formándose, sin nadie que las atendiera. Emma respiró pro-

fundamente, intentando despejar su mente y alejar recuerdos que amenazaban con hacerla llorar. Se acercó a la puerta, y usó la llave que le había entregado su papá en la mañana para abrirla. El interior de la casa se encontraba un poco mejor que el exterior. Una capa de polvo cubría toda superficie, el suelo de cerámica había perdido su brillo con el paso de los años y en la penumbra se podía ver como el papel tapiz se había despegado un poco de las paredes. Emma se acercó a una de las ventanas de la espaciosa sala, y haciendo un esfuerzo considerable abrió las cortinas. La luz del sol la cegó por un momento y agitó doradas partículas que la rodearon como cristales pulverizados. Ahora podía ver mejor la sala que alguna vez fue escenario de celebraciones, peleas, amores, llegadas y despedidas. Curiosamente, todo se encontraba en perfecto orden. Cada adorno estaba en su lugar, incluso había un jarrón con flores, ya completamente disecadas, puesto sobre una mesa, como si los habitantes de la casa hubieran salido un día para nunca volver. El lugar daba la sensación de haber sido abandonado, no solo por sus dueños, sino también por el tiempo.

Emma recorrió el espacio, dejando que su mirada se perdiera en las superficies llenas de recuerdos. La casa estaba ordenada, pero llena de cosas. No

sabía por donde empezar. Comenzó a caminar, evaluando los muebles, la cantidad de objetos que adornaban la estancia. Se detuvo en una mesita que sostenía varias figurillas de cerámica, entre ellas un hada de piel de tiza con vestido rosa y cabello dorado, y unos jarroncitos pequeños, blancos con arabescos azules. Emma solía jugar con ellos durante horas, imaginando que elaboraba pociones mágicas en esos recipientes que eran los portadores de sus brebajes y el hada le enseñaba secretos fantásticos. Continuó su recorrido, y dejó la sala para subir las escaleras que la llevarían al segundo piso. Al apoyar la mano sobre el pasamano de madera, dejó su huella enmarcada por el polvo. Subió lentamente, sintiendo la pesada alfombra bajo sus pies y viendo el arte que decoraba las paredes. Un Trompiz le guiñó desde lo alto de la escalera, y sonrió recordando que su abuelo odiaba ese cuadro, pero como había sido un regalo de una tía, la abuela lo había obligado a colgarlo. Ahora todos estaban muertos, y ese cuadro sería vendido.

La puerta del cuarto de sus abuelos estaba cerrada. Nerviosa, apoyó la mano sobre el pomo y lo giro. Al entrar, encontró la habitación tal y como la recordaba. En el centro había una cama matrimonial, cubierta por una cobija blanca exquisita-

mente tejida. La cabecera era de madera, de construcción sólida y hermosamente tallada. Del lado izquierdo de la cama, había un sillón de cuero, en el suelo unas pantuflas marrones. Emma recordaba perfectamente a su abuelo sentado ahí, leyendo un libro y tomando café. El lado derecho, era el territorio de Elena. Había una gran ventana, con cortinas lila, que dejaba entrar una luz clara y suave. Durante el día, ésta iluminaba una tocadora, hecha de madera pintada de blanco, con un espejo redondo. Sobre la mesa, habían cosméticos, cremas perfumes, en perfecto orden. Casi podía ver a su abuela, sentada sobre la silla que hacía juego, con su bata de seda marfil, perfilada contra la luz de la ventana, que se reflejaba en su piel brillante y un haz amarillo atravesando su cabello. Se sentó allí, donde tantas veces la observó arreglándose para salir, con cuidado y atención. Pasó sus dedos por las botellas, y escogió la del perfume favorito de Elena. Era redonda, de cristal, marcado con sinuosas líneas, y con una de esas bombas atomizadoras que le daban un toque antiguo. De pequeña, Emma pensaba que el perfume era infinito, que nunca se iba a acabar. Ahora entendía que probablemente, era una botella rellenable. La levantó y vio que en su interior quedaba poco menos de la mitad del líquido. Presionó la bomba e inmediata-

mente el olor a rosa y bergamota que acompañaba a su abuela siempre, invadió la habitación. La joven respiró profundo, impregnando sus pulmones, dejando que el aire condujera su mente por los caminos de la memoria.

Tenía ocho años, y vestía un bellissimo vestido de encaje, con una falda de tul que parecía consumirla. Unos zapatos de satén color perla, demasiado grandes para ella, la hacían trastabillar por toda la habitación, y en su cabeza un velo blanco escondía sus torpes intentos de maquillarse. Unas perlas adornaban su cuello, y en sus dedos varios anillos incrustados con esmeraldas amenazaban con caerse.

—Que novia más hermosa. Pero ven, te falta el toque final— Su abuela estaba sentada frente a la tocadora, peinándose. Dejo su labor y le hizo señas a su nieta para que se acercara a ella.

—No soy una novia, abuela, soy un hada mágica, —aclaró Emma.

—Ya veo. Bueno, hada, novia, pintora, científica... lo que tu quieras. No importa como se vista, una mujer nunca debe olvidar ponerse perfume. Este es el mío. Es la fragancia que me identifica.

—¿Cómo que te identifica?

—Quiere decir que es la que siempre uso, y por eso, cuando alguien percibe este olor, piensa en

mi. Cuando salgo de una habitación, la gente sabe que he estado ahí, porque dejo este aroma particular. Lo he escogido con mucho cuidado.

—¿Y yo también tengo?

—Lo tendrás. Siempre debes recordar que eres tú quien decide como te percibe el mundo.

La abuela tomó en sus elegantes manos la botella de perfume y gentilmente le aplicó un poco de su contenido en el reverso de cada muñeca, debajo de cada oreja y en el centro de su pecho.

—El toque final. — Dijo.

Ahora Emma veía sus propias manos sosteniendo el bonito frasco, sus uñas cortas y sin pintar, en contraste con el recuerdo de su abuela, que las tenía siempre largas y rojas. Lo colocó sobre la tocadora y observó su reflejo en el espejo. Se veía cansada. Dos medialunas oscuras le sostenían la mirada, y sobre ellas se hundían sus ojos, de un color miel peculiar, enrojecidos. Vio que algunas lágrimas se le habían acumulado, estaba llorando sin darse cuenta. Se las limpió con la manga del vestido, y respiró profundo, se levantó para continuar su inspección. Algo le llamó la atención en el reflejo. Se dio la vuelta y vio guindada en la pared contraria una imagen familiar. Era un paisaje, la representación de un río que se perdía en el hori-

zonte entre hierba crecida. Los trazos de pintura se notaban nerviosos, pero delicados, hechos con intención. Emma lo había pintado unos meses antes de irse del país, como un regalo de despedida para su abuela, quien nunca le había dicho nada al respecto. Verlo guindado en su cuarto, le hacía preguntarse muchas cosas, y la confundía. La distancia de su abuela había sido dolorosa, y este pequeño gesto era quizás una muestra de que la indiferencia no había sido total. Pero entonces ¿por qué se había comportado así?

Un sonido interrumpió sus cavilaciones. Se quedó inmóvil, aguzando el oído. Había alguien más en la casa. Su corazón comenzó a latir rápidamente. Convencida de que se trataba de un ladrón tras tesoros abandonados, se dispuso a usar su celular para pedir ayuda, sólo para recordar que lo había dejado en la entrada de la casa, en su cartera. Vio un paraguas guindado detrás de la puerta del cuarto, y se armó con él. A través de la puerta, escuchó pasos que se acercaban a su escondite. Empuñando su arma improvisada, Emma se preparó para el ataque. Contuvo la respiración mientras el intruso abría la puerta, y vio un par de zapatos de cuero marrón asomándose. Impulsivamente, se abalanzó contra el supuesto atacante y lo golpeó varias veces con el paraguas,

pinchándolo dolorosamente en el costado.

—¡Emma, para! ¡Ya deja de golpearme, soy yo!

—¡Aureliano! ¿Qué haces aquí?

Horrorizada, Emma dejó caer el paraguas.

—¿Me puedes explicar por que me pegas con un paraguas?

—Obviamente no lo hice a propósito.

—Se sintió muy a propósito— Dijo Aureliano, sobándose las costillas.

—Bueno, sí lo fue, pero sólo porque pensé que eras un ladrón ¿Qué haces aquí, Aureliano? — Una vez pasado el susto inicial, Emma se sentía molesta. Se había ido del funeral precisamente para no tener que pasar tiempo con este hombre y ahí estaba, sin siquiera haber tenido la cortesía de avisarle.

—¿Qué ladrón va a subir hasta acá? Es demasiado trabajo, lo cual vence el objetivo de robar.

—Aureliano—

—Ya, ya. Vine porque tus padres me lo pidieron. Los dejé en la casa después del funeral, y estaban preocupados por ti.

—Pues estoy bien, así que puedes irte.

—Emma, no seas terca. Te traje cajas para que podamos empezar a recoger las cosas. Aunque creo que son pocas.

—Podamos me suena a Poliedro. Deja las cajas

que ya me encargo yo de lo demás.

—Ah bueno. Entonces me voy, y me llevo conmigo la pizza que traje para cenar.

—¿Pizza?— Como si lo hubiera planificado, su estómago escogió ese momento para emitir un sonido muy cercano a un rugido. “Traidor”, pensó Emma.

—Pepperoni con vegetales. Tu favorita.

Emma se cruzó de brazos y vio a Aureliano de arriba abajo, sopesando sus opciones.

—Está bien. Pero comemos rápido y te vas. Tengo mucho que hacer.

Cuatro horas después, la caja de pizza estaba vacía y unas cuantas latas de cerveza reposaban descartadas sobre la mesa. Después de comer habían decidido comenzar por ordenar la cocina, una variedad de ollas, platos, cubiertos y otros objetos estaban desperdigados por toda la habitación. Emma estaba sentada en el suelo, sacando copas de cristal que formaban parte de una vajilla que parecía ser infinita, y envolviéndolas con cuidado en papel periódico, para luego ser guardadas en una caja por Aureliano.

—No entiendo. ¿Para qué alguien va a necesitar tantas copas y platos?

—Bueno, tú no vas a entender porque con un tenedor y un cuchillo te basta y te sobra, pero la gente adulta y madura los necesita para entretener

a sus invitados.

—Muy graciosa. Es que realmente no creo conocer a tanta gente que me caiga lo suficientemente bien como para invitarlos a comer. Y menos al mismo tiempo.

Emma no pudo evitar reírse.

—Ay por dios, si dices tonterías. Pero sí, te entiendo. Creo que para nosotros todo esto es diferente. Para mis abuelos era muy importante, a Elena le encantaba hacer grandes cenas y reuniones, además podía darse el lujo. No era buena cocinera, pero sí la anfitriona perfecta.

—Me hubiese gustado conocerla.

—Creo que se habrían llevado bien. A ella le encantaba leer igual que a ti, hubiesen tenido mucho de que hablar.

—¿Qué le gustaba?

—Honestamente, no lo sé. Cuando era pequeña siempre la veía con un libro en la mano, pero a esa edad nunca se me ocurrió preguntarle. Y ya de grande... sabes que no éramos cercanas.

—Sí, recuerdo cuando me hablabas de esas cosas.

Emma no respondió. Fingió concentrarse en el proceso de envolver una copa. El comentario la había hecho sentir incómoda. Ella y Aureliano habían sido novios por tres años antes de que ella se

fuera del país. Estaba completamente enamorada de él, y pensaba que él de ella. Habían hablado de irse juntos, incluso tenían planes. Ella había conseguido un trabajo y estaba dispuesta a apoyarlo mientras se establecía como escritor. Se imaginaron un futuro en el cual ambos hacían lo que les apasionaba, ella eventualmente renunciaría y viviría de sus pinturas, él de sus historias, adoptarían un gato y lo llamarían Salem Dos, en honor a la mascota de la infancia de Emma. Vivirían en un apartamento pequeño, de una habitación, con una gran ventana que iluminara todo, y plantas por todas partes. Soñaban con una vida sencilla, pero feliz. Eso nunca pasó. Aureliano pospuso su viaje una y otra vez, hasta que finalmente, le dijo a Emma que no se iría con ella, sin más explicaciones. Le rompió el corazón, desde entonces se había negado a tener contacto con él. La vida se tornó más difícil, solitaria, los alquileres más altos, el trabajo la consumió y dejó de pintar. Ver a Aureliano frente a ella, hablando y compartiendo como si no hubiera pasado nada, abría viejas heridas que había tratado de sanar con mucho esfuerzo. Ensimismada en sus pensamientos, dejó caer una de las copas, que se rompió en pedazos al estrellarse contra el piso.

——¡Coño! Ahora descompleté el juego.

—No te preocupes, ten cuidado. No te vayas a cortar, déjame buscar la escoba.

——Sí, sí...¡Auch!— Tratando de recoger los pedazos grandes, se hizo un pequeño corte en el dedo gordo. Aureliano se olvidó de la escoba, y se acercó preocupado.

——¿Por qué serás tan terca? Te dije que te esperarás. A ver ¿te duele?

—Un poco, no es nada.

Aureliano tomó su mano para analizar la herida. La llevó hasta el lavaplatos y la puso bajo el chorro de agua, limpiando la sangre que brotaba de la pequeña ranura, escandalosa. Emma se inmuto, paralizándose al sentir las manos de Aureliano sosteniendo la suya, su rostro cerca, tan cerca que si quisiera podía contar sus pestañas, injustamente largas. Su aliento, empañado de cerveza, le erizaba la piel. Súbitamente, Emma se alejó, sorprendiendo a Aureliano.

——¿Qué pasó? ¿Estás bien?

——Sí, estoy bien, ya te dije que no es nada.

——Emma, déjame ver bien, esa copa tenía mucho tiempo guardada, hay que limpiarte la herida.

——Ya te dije que no es nada Aureliano, déjame tranquila. Ni que fueras doctor.

——Sólo me preocupo por ti, no hay necesidad de que te pongas a la defensiva.

——No me estoy poniendo a la defensiva, pero si te estoy diciendo que estoy bien, es porque estoy bien, no tienes que presionarme

——No te estoy presionando, pero si te cortaste y estás sangrando, lo lógico es que...

——Shhh.

——¿Ahora me mandas a callar? De verdad, Emma ya han pasado cuatro años, pensé que podíamos compartir y hablar civiliza...

——¡Aureliano, cállate! Estoy tratando de escuchar. Creo que hay alguien en la casa.

——Ya hemos establecido que eso es poco probable. Mira, entiendo que no te sientas cómoda conmigo. De hecho, quería hablar contigo de eso. Yo sé que...

Emma dejó de prestarle atención. Estaba segura de haber escuchado voces, un murmullo indefinido pero decididamente humano. Empezó a ver por las ventanas, tratando de distinguir en la oscuridad alguna figura en el exterior. No había nadie, sin embargo, el sonido se hacía más intenso, retumbándole en los oídos. Era como tratar de entender una conversación bajo el agua, los sonidos se escuchaban distorsionados, no podía distinguir palabras, pero podía reconocer dialogo, y las voces indefinidas se le hacían extrañamente familiares. Empezó a caminar, tratando de con-

seguir el origen. A medida que se movía, este no se hacía más fuerte, pero su presencia se intensificaba, insistente. Sus tímpanos vibraban. Podía ver el rostro preocupado de Aureliano, preguntándole que le pasaba, pero su voz se escuchaba lejana, como si los separaran metros de distancia. Avanzó por la cocina mecánicamente, casi sin tener conciencia de estar moviéndose. Podía ver sus pies caminando, esquivando objetos en el suelo y saliendo de la habitación. Atravesó la sala y subió las escaleras lentamente. Pasó de largo el cuarto de sus abuelos, y el que había sido suyo durante sus estadías de infancia. No se detuvo hasta llegar al fondo del pasillo, donde terminaba la alfombra que cubría el piso. Ahí, sintió como si sus oídos se destaparan después de un día de piscina, el murmullo desapareció y el mundo volvió a ser real. En la casa, reinaba el silencio, interrumpido por el canto de los grillos a la noche.

——¿Emma?

Aureliano la había seguido, asustado. Puso su mano sobre el hombro de la joven, y el contacto fue como una descarga de energía. Emma salió de su trance, y se encontró parada, viendo fijamente la alfombra que tenía bajo sus pies.

——¿Los escuchaste?

——¿A quién? No escuché nada. Emma ¿estás bien?

Ignorándolo, Emma volvió a mirar la alfombra. Sin estar segura de por qué, se agachó y con dificultad la enrolló, descubriendo debajo de ella una trampilla. Se incorporó y le dirigió una mirada incrédula a Aureliano.

—¿Y eso?— Le pregunto él.

—No se. Nunca lo había visto.

Era una trampilla de madera, con una manija de metal. Se veía pesada, antigua, pero en contraste con el resto de la casa, estaba libre de polvo. Era evidente que había sido usada constantemente, por quién y para qué era un misterio. Sin decir nada, Aureliano se agachó y jalando la manija, levantó la puerta, que emitió un chirrido premonitorio. Podían vislumbrar el comienzo de una escalera, cuyo final no se distinguía en la oscuridad. Aureliano saco su celular y usando la linterna, comenzaron el descenso al cuarto oculto. Al llegar al fondo, Emma tanteo las paredes en busca de un interruptor. Al encontrarlo se encendió un único foco en el techo, irradiando luz débil y amarillenta que pintaba un camino de polvo que se expandía formando un círculo en el centro de la habitación. Ahí, como el protagonista de una obra trágica, había algo, alto, sólido, oculto bajo una sábana blanca roída y desgastada.

——¿Que es eso?

—Vamos a averiguarlo.

Emma se acercó con decisión y de un jalón lanzó la tela que cubría el objeto al suelo. Tuvo que dar un paso atrás para apreciarlo por completo. Era un espejo enorme, por lo menos tres cabezas más alto que ella, rodeado por un marco de madera que parecía haber visto pasar incontables generaciones, recubierto con restos de esplendorosa pintura dorada que aun se mantenía viva anidada en los resquicios del tallado que adornaba el marco. Emma no podía descifrar ningún patrón en este, solo veía líneas que se contorsionaban bajo la débil luz del bombillo y parecían moverse, jugándole trucos con las sombras a sus ojos. Al ser descubierto, parecía haber crecido, su presencia inundaba la habitación, se expandía hasta los rincones y subía por las paredes hacia el techo para descender nuevamente y cubrir a los intrusos, que se encogían poco a poco frente a la superficie lisa, de aspecto casi acuático. Aureliano fue el primero en romper el silencio.

—Es...

—Hermoso.

—Raro. Iba a decir raro, pero supongo que esta bonito.

—¿Por que lo guardarían acá abajo?

—Mira esto.

Aureliano se agacho, agarro algo en el suelo que había caído a sus pies al retirar la sabana. Era una hoja de papel doblado, una nota escrita a mano con bolígrafo azul. A diferencia de la sabana y el espejo, se veía nueva. Había sido escrita recientemente.

——Es la letra de mi abuela.

——¿Que dice?

“Querida Emma:

Esto seguramente será una sorpresa para ti. Se que en los últimos años, he estado ausente y por eso te debo una disculpa. Una carta no es suficiente para explicar mis motivos, pero si para asegurarte que siempre te he querido mucho y a tu padre también. Espero que puedan perdonarme, y que algún día entiendan el por qué actué de esa manera. Esta casa, y todo lo que hay en ella es de ustedes, pero el Espejo, Emma, es solo tuyo. Es tu derecho, y tu deber, de nacimiento. Se que debes tener muchas preguntas, y te prometo que serán contestadas, antes de lo que piensas. Con amor y arrepentimiento, tu abuela Elena.

PD: Mantén el espejo siempre cubier-

to. Eres la única que debe verlo.”

Emma leyó varias veces las palabras de su abuela, intentado entenderlas, buscándole el sentido a esta tardía y extraña comunicación. Se dio cuenta que sostenía el papel con excesiva fuerza. Una mezcla de sentimientos se habían arremolinado en su estomago, formando un coctel amargo de rabia y decepción, mezclados con confusión y melancolía. Dirigió su vista hacia el espejo, su supuesta herencia y trato de buscar en su reflejo una explicación, una señal, cualquier cosa que le diera las respuestas a sus muchas preguntas, pero solo veía a Aureliano, alto, lejano, mirándola con preocupación. Se vio a si misma, su rostro ojeroso, pálido, cansado, enmarcado por el cabello negro y largo. Casi no se reconocía. Sin poder contenerse, comenzó a llorar, sintió las lagrimas cayéndole pesadas por el rostro, los sentimientos quemándole la garganta y oprimiéndole los pulmones. Lloro sin medirse, sin remordimiento, sin vergüenza. Sintió los brazos de Aureliano rodeándola, sosteniéndola, se dejó abrazar, depositando en ese momento todas sus frustraciones y miedos. Pensó en su abuela, en esa distancia que los había herido lentamente, como una llaga que se abre por el roce suave pero constante del zapato, y se dio cuenta que no solo lloraba por

ella, sino también porque estaba tan perdida y alejada de si misma como había sentido a Elena. Lloro por los sueños que había tenido y que nunca se cumplieron, pero lloro sobre todo porque ya no soñaba. Llegar a esta conclusión fue como golpear-se contra una pared, con el impacto volvió la calma, las lágrimas cesaron y pudo respirar de nuevo. Volvió a verse en el espejo, y se extrañó al notar que el reflejo de su cuerpo unido al de Aureliano se apreciaba distorsionado, como si fuera la superficie de un lago agitada por el rebote de una piedra. Trato de limpiarse los ojos, pensando que el efecto se debía al cúmulo de lagrimas que acababan de surgir, pero la sensación de movimiento, de irregularidad aumentaba como un eco que nacía en ellos y se extendía hasta el marco del espejo y desbordándose de el, convirtiendo el suelo en arena movediza, mareándola. Asustada, trato de aferrarse con mas fuerza a Aureliano, pensando en el como un ancla que la salvaría de ahogarse en los remolinos refractivos que consumían la habitación secreta, pero al ver el rostro de su compañero, entendió que ambos estaban siendo consumidos, llego a la conclusión de que ese era el final de todo, que el mundo se estaba derritiendo y ellos con el, y cerro los ojos tratando de recordar los rostros de sus padres por ultima vez, pero solo podía pensar en que no que-

ría que se terminara y con este ultimo pensamiento quedo sumida en la mas absoluta oscuridad.

Lo primero que notó al recuperar la conciencia fue luz, danzando en círculos detrás de sus parpados. No se atrevió a abrirlos, y se concentro en reconocer su cuerpo, sentir el peso de sus músculos y sus huesos sobre el suelo frio. Comenzó a mover las puntas de sus pies, de sus manos, comprobando con cada esfuerzo que todo estaba en su lugar, y que aun tenia control de si misma. Cuando se sintió completa, abrió los ojos, lentamente, acostumbándolos al resplandor del foco encendido en el techo, que apuntaba directamente a ella. Se incorporó, tratando de entender que había pasado. Recordaba descubrir el espejo, la carta de su abuela y luego sentir como si el mundo se estuviera deshaciendo a su alrededor. Pensó que a lo mejor había ocurrido un terremoto, y que todo había sido una ilusión óptica inducida por el movimiento de la tierra, pero al ver a su alrededor, no encontró señales de que hubiera pasado nada. Todo estaba igual, el Espejo estaba intacto, la sabana seguía en el suelo. Incluso la puerta de la trampilla seguía abierta, dejando ver un cuadrado iluminado. ¿Era de día? ¿Cuanto tiempo había estado inconsciente? Y Aureliano, ¿Donde estaba? Le parecía poco probable que la hubiese dejado

sola, tirada en el suelo de la habitación secreta. Con estas preguntas dándole vueltas en la cabeza, se incorporo, sintiéndose inestable. Cada movimiento era encontrado con una ligera resistencia, y le costaba medir la distancia entre el suelo y sus pies. Así, bamboleándose como un borracho, atravesó la habitación y comenzó a subir las escaleras, acostumbrándose poco a poco al movimiento de su cuerpo.

—¿Aureliano?

Su voz se escuchaba extraña en sus oídos, retumbando contra las paredes de la enorme casa. Avanzo lentamente, tratando de entender por que ese lugar que le era tan familiar, se sentía diferente, extraño. No había rastro de Aureliano por ninguna parte, cada puerta que abría revelaba habitaciones vacías, iluminadas por un sol matutino ideal, que evocaba un domingo de descanso, comida casera y familia. Le extraño notar que la capa de polvo que recubría todo la noche anterior, había desaparecido. La casa se veía limpia, se respiraba fresca y ligera. El cambio repentino y la desaparición de Aureliano empezaban a asustar a Emma, que intentaba mantenerse calmada mientras caminaba en silencio. Un sonido interrumpió su recorrido. Voces familiares, imposibles, llegaron a sus oídos. Era el mismo murmullo que la había conducido al

espejo la noche anterior, pero esta vez se alejaba de la habitación secreta y decencia al primer piso. Emma lo siguió ansiosa, mirando nerviosa cada rincón de la casa, buscando cualquier rastro de Aureliano. Al pasar por la sala, un escalofrió le recorrió la espalda al ver que las flores secas que adornaban la mesa, ahora estaban frescas, recién cortadas, irradiando su perfume desde un jarrón lleno de agua cristalina. La perfección de esta aparición le pareció un mal augurio, algo antinatural. Las voces se hacían más fuertes, más definidas y ya Emma no tenía duda de que las conocía. Entró a la cocina, con el corazón latiéndole deprisa, y la respiración cortada. No quedaba rastro de las cajas de pizza ni de la cerveza, y todos los objetos estaban en su lugar, como si ella y Aureliano no hubieran pasado buena parte del día anterior revisando y catalogando cada uno. Y ahí, como si hubieran pasado horas y no años desde la última vez que los vio, estaban sus abuelos. Elena estaba sentada en la mesa, vestida con su bata de seda, el cabello blanco caía sobre sus hombros, su cabeza gacha, concentrada en un libro. Su abuelo estaba cocinando, aun en pijama y con sus pantuflas marrones, silbando mientras freía huevos y tocineta. En un plato ya habían varias panquecas balanceadas en una precaria torre. Al notar su presencia,

su abuela levanto la vista, la miro por encima de sus lentes de montura de nácar, sin sorpresa aparente, y con una sonrisa cálida de bienvenida.

——Emma. Te hemos estado esperando.

Al escuchar a su esposa, su abuelo también volteo y le dirigió una gran sonrisa.

——Mi niña, llegaste justo a tiempo. Ya esta listo el desayuno.

Emma los miro incrédula, a estas dos persona que creía perdidas hace muchos años, ahora frente a ella ofreciéndole de comer como si no hubiera pasado el tiempo, como si los años y luego la muerte no se los hubieran llevado lejos. Aquello era demasiado. Emma sintió como sus rodillas le fallaban y el mundo empezaba a dar vueltas, se dio cuenta de que no estaba respirando. Rápidamente su abuelo la sostuvo por un brazo, guiándola hacia una silla y su abuela empezó a abanicarla con el libro, repitiéndole gentilmente que todo estaba bien. Le pusieron un vaso de agua en las manos, mecánicamente tomo un sorbo, sintiendo como el liquido lubricaba su garganta seca, y sin darse cuenta se la tomo toda, sin parar a tomar aire. Cuando termino, vio los rostros de sus abuelos, sentados en la mesa viéndola fijamente con ojos brillantes rodeados de arrugas, y sintió la calidez de sus manos que la tocaban gentilmente. Por fin,

pudo hablar, su voz convertida en hilo.

—Ustedes... ustedes están muertos.

Sus abuelos intercambiaron una mirada, y al unísono asintieron con la cabeza suavemente.

—Eso quiere decir... Si ustedes están aquí... y yo también... eso quiere decir... Ay dios. No, no, no puede ser. Estoy muerta. Me morí. Ay dios mío y no avise en el trabajo, a mi jefe le va a dar un ataque!

Puso su cabeza entre las manos, tratando de entender lo que ella misma acababa de decir, jugando con la idea de su propia muerte, pensando que había tantas cosas que no había hecho ni dicho, en su mama, en su papa y en Aureliano, por Dios, Aureliano que sería el primero en encontrar su cadáver y nunca sabría que aun...

—¿De que se ríen?

Para su sorpresa, sus abuelos no parecían compartir su consternación. Habían empezado a reírse, pero no era una risa burlona, sino mas bien el tipo que uno emite cuando ve a un niño pequeño intentando amarrarse los zapatos.

—Emma, no te preocupes. No estas muerta.

—¿No estoy muerta?

—No. Digamos que solo estás de visita. Ahora, respira profundo y tranquilízate, o te va a caer mal la comida. Tu abuela lo explicara todo.

Emma se quedo callada, procesando lo que le acababan de decir. Parte de ella quería discutir, se sentía frustrada por estas dos personas, comportándose con tanta tranquilidad dada la situación. Pero al ver el rostro bondadoso de su abuelo, con sus cejas pobladas salpicadas de gris, sintió que la angustia que tenía acumulada en el pecho se reducía un poco, y decidió dejarse cuidar y guiar por ellos, porque ella simplemente no sabía como hacerlo.

Comió en silencio, observándolos, y noto que aunque en un inicio se veían normales, algo en su presencia no lo era. Sus movimientos eran lentos, pero no la lentitud causada por la edad. Más bien, era como si sus miembros se suspendieran, dejando una estela en su recorrido, como el eco de un movimiento que se desvanece en el aire. Parecían corpóreos, pero su solidez daba la impresión de ser fugaz, de que en cualquier momento podían esfumarse. Vio sus propias manos, y aliviada las noto fuertes, nítidas, en contraste con el aspecto de sus abuelos, cuyas siluetas se veían difuminadas, casi borrosas. Sus voces también sonaban distantes, opacas, aunque estas características no eran obvias, sino peculiaridades que se hacían evidentes mediante la observación.

—Emma, querida, me imagino que tienes mu-

chas preguntas.

No respondió inmediatamente. Se metió un pedazo de panquea en la boca, saboreando la masa suave, esponjosa, una textura única que no había experimentado desde que era pequeña, cuando su abuelo vivía y ella pasaba los domingos en su casa. Su abuela la miraba cautelosa, escudriñando su rostro como si intentara medir las reacciones de su nieta al dirigirse a ella.

—Emma, yo se que estos últimos años no han sido fáciles, y que yo contribuí a eso. No tengo excusa. No espero que confíes en mí, pero se que estas confundida y yo puedo ayudarte a entender. Soy la única que puede, así que déjame hacerlo.

La joven dejó el tenedor sobre la mesa, masticando lenta y deliberadamente, dándose tiempo de pensar. Trago, y luego tomó un sorbo de jugo de naranja. Finalmente, y por primera vez desde que había llegado, miro a su abuela a los ojos. Eran tal y como los recordaba, del mismo color miel que reconocía en si misma. Los de su abuela estaban rodeados de arrugas, que no disminuían su belleza, sino que aumentaban su atractivo, dándoles un aire casi etéreo, envolviendo su mirada con un aura arcana. Verlos así, cercanos después de tantos años, grandes y sinceros, desarmo a Emma. Extendió la mano y agarro la de su abuela, que

sonrió y le devolvió el gesto, sellando entre ellas la reconciliación espontánea.

— Lo último que recuerdo es haber encontrado el espejo, tu nota, y luego el mundo pareció deshacerse a mi alrededor ¿Como es posible que estén acá, y yo con ustedes? ¿Donde estamos, abuela?

—El Espejo, querida, es el objeto mas valioso que tuve el honor de poseer durante mi vida. Es nuestra herencia, nuestro derecho de nacimiento, como te explique en la carta. Ha pasado de generación en generación a las mujeres de mi familia desde hace más de cien años, y ahora, es tuyo. En cuanto a donde estamos, creo que podríamos llamarlo el Otro Lado. Si, creo que ese nombre es adecuado.

—¿El Otro Lado? ¿Que quiere decir eso?

—A lo largo de los años, se han creado muchas leyendas en torno a los espejos. Hay quienes piensan que son puentes a lo sobrenatural, haciéndonos vulnerables a ojos de seres oscuros que habitan en el reflejo, susceptibles a ataques demoniacos, otros dicen que son trampas para el alma, y que romperlos trae mala suerte. No puedo decir que estas ideas sean ciertas para la mayoría, pero en nuestro caso, hay un poco de verdad en todas ellas. Nadie sabe como llego a nuestras manos, pero desde que lo hizo, el destino de nues-

tras familias ha estado anclado al Espejo. Es un artículo de magia, sensible a los sutiles velos que separan el mundo de los vivos, y el de los muertos. Nuestro espejo, El Espejo, es un portal, un medio de transporte para las almas que buscan el descanso eterno. Durante años ha sido el deber de las mujeres de nuestra familia mantenerlo seguro, oculto, alejado de miradas que corren el peligro de perderse en su poder, para así garantizar el paso al Otro Lado a quienes lo necesitan. Esta casa, es solo un albergue temporal. Aquellos que pasan por aquí solo lo hacen brevemente, algunos tardan más que otros, pero al final continúan su camino.

——¿A dónde van?

—No lo se. Para todos es diferente. Veras, no es un lugar tangible, de características generales. Es el que elige cada quien. Tu abuelo y yo, por ejemplo, quisimos quedarnos aquí, en nuestro hogar. Algún día esperamos que tus padres y tu se nos unan. Algunas personas sueñan con la playa, otras con un lugar donde fueron muy felices y hay quienes no saben que quieren, para eso es este sitio. Para ayudarlos con la transición.

—Pero es imposible que todas las almas del mundo pasen por aquí.

—No todas lo hacen. El Espejo es como una es-

pecie de antena. Su señal es limitada, y solo ciertas personas se ven atraídas por ella. Todos los miembros de nuestra familia lo pueden sentir, también nuestros seres cercanos, como esposos y amistades. A veces alguna que otra alma desconocida que se encuentre especialmente turbada, y necesite ayuda encontrando su camino. La muerte puede ser muy confusa.

—No entiendo abuela. Es la primera vez que escucho de esto, ¿que hago yo aquí? ¿por que nadie me había dicho nada?

—Tu papa no sabe nada de esto. Tu abuelo solo se entero cuando fue su turno de atravesar el espejo. Emma, es muy importante que entiendas que aunque el Espejo tiene el poder de hacer mucho bien, también es peligroso. Aquellos que no están destinados a guardarlo corren el peligro de caer en la tentación de atravesarlo y perderse para siempre en sus profundidades. La vida puede ser muy difícil, y a veces la posibilidad de un lugar perfecto, de alcanzar esa utopía personal... es demasiado. Y tu también debes cuidarte. Como Guardianas, tienes el poder de cruzar cuando lo necesites, pero solo debes hacerlo cuando sea absolutamente necesario, o podrías perderte.

Emma se quedo callada, procesando toda la información que le estaban dando. Por un momento,

jugo con la idea de que estaba soñando. Si, seguramente se había quedado dormida, cansada después del largo día y las cervezas de Aureliano, y ahorita estaba en un sueño, particularmente largo y realista. En cualquier momento se despertaría, y todo volvería a ser normal, sin espejos, sin muertos que hablaban, sin panquecas de una receta olvidada y sin aquella responsabilidad absurda. Pero apenas se le ocurrió esta solución, se dio cuenta que antes de que su abuela le explicara todo, ella ya había aceptado sus palabras como verdaderas. En el fondo, por más absurdo que pareciese, lo entendía y lo reconocía, como si toda su vida hubiese estado esperando por esto. Levanto la vista y la dirigió hacia las ventanas. Sentía que llevaba horas ahí sentada, pero el sol no parecía haberse movido. La cocina seguía iluminada por la misma luz dorada, marcando patrones de brillo y sombra en el suelo y las paredes. Aunque su abuelo había cocinado, todo estaba limpio. No quedaban rastros de harina o de grasa y los platos estaban recogidos. Un movimiento le llamo la atención y al ver hacia la puerta le dio un vuelco al corazón. Un gato negro acababa de entrar a la habitación, caminando con pasos largos y elegantes, se detuvo en uno de los parches de luz, estiró su lomo alargando las patas, y finalmente se hizo un ovillo,

reposando en el suelo y absorbiendo el calor de los rayos solares.

——¡Salem!

Emma se incorporo rápidamente, y agarro al gato, acunándolo en sus brazos. El animal emitió un maullido de protesta, reclamando al ser interrumpido su descanso, pero pronto se dejó llevar por las caricias y su garganta comenzó a emitir el profundo ronroneo que anunciaba que se sentía a gusto. Estaba igual, sus ojos verdes rodeados de un pelaje negro y brillante, y en su cuello un collar, que ella misma le había puesto hacia años, azul con un dije plateado grabado con su nombre y la información de contacto por si llegara a perderse. Cuando murió, había sido enterrado con el.

——Siempre viene a esta hora a tomar sol. El también escogió este como su lugar de descanso. Ya veo porque.

Sus abuelos la miraban sonriendo. Elena estaba sentada, y su esposo le rodeaba los hombros con un brazo. Emma los recordaba siempre como un matrimonio feliz, devoto. Ambos se habían enamorado perdidamente cuando tenían catorce y dieciséis años respectivamente, y decidieron pasar el resto de sus vidas juntos. La muerte de su abuelo había sido un golpe duro para su abuela. Soltó al gato, que inmediatamente volvió a acurrucarse

bajo el sol, y se sentó de nuevo.

——¿Aquí es donde has estado todos estos años?

Elena no respondió inmediatamente. Permaneció callada, como buscando las palabras adecuadas, mirándose las manos y jugando nerviosamente con su anillo de casada. Enrique le tomo una, y le dirigió una mirada tranquilizadora. Esto pareció darle valor a su mujer.

—Cuando tu abuelo murió... fue demasiado para mi. No lo supe manejar. Era mi compañero, mi mejor amigo. No recordaba mi vida sin el, y sentía que no podía continuar. Trate de hacerlo, por tu papa, por ti. Pero el Espejo era como un vaso de agua en el medio del desierto. Me tentaba, todos los días escuchaba su murmullo, llamándome, incitándome a cruzarlo. Hasta que un día no pude resistirlo, y decidí hacerlo. Me dije a mi misma que solo seria esa vez, un momento de debilidad para poder ver a tu abuelo nuevamente. A medida que pasaba el tiempo, se me hizo más difícil mantenerme alejada. Tu abuelo intento hacerme entender que no era mi tiempo, pero ya no había nada que hacer. Perdí el control del Espejo, y no era yo quien decidía. Me costaba distinguir entre los dos mundos, al final no sabia cual era cual. Mi alma no pertenecía acá, y pague el precio por romper las reglas de la existencia.

—¿Eso quiere decir que me pasara lo mismo? No me correspondía cruzar.

——No. Como guardiana del Espejo, tienes derecho a cruzar sin peligro, pero solo cuando es necesario. Si un alma esta particularmente confundida, es tu deber ayudarla, guiarla en ese periodo de transición. Y esto también aplica para ti. Sospecho que el Espejo te permitió cruzar porque lo necesitabas. Pero no debes abusar de este privilegio, como yo lo hice.

Emma se quedo pensativa. El estar en su país, en su casa, le había hecho darse cuenta de que no estaba segura de que irse hubiese sido la decisión correcta. Tenia una vida tranquila, con un trabajo que le permitía vivir sola, y a la vez ayudar a sus padres, podía salir sin miedo, darse el lujo de comer en un restaurante de vez en cuando, sin preocuparse demasiado por la cuenta. Estaba consciente de todas las comodidades que la vida afuera le habían dado y lo era incluso mas al ver las dificultades diarias a las que se enfrentaban sus padres, quienes a pesar de todo tenían una vida privilegiada en un país donde cosas tan comunes como el agua y la luz, eran el privilegio. A pesar de todo eso, se sentía sola, vacía. No es que no tuviera amigos, había conocido a gente muy querida, que le hacían compañía. Pero también reconocía que

entre ellos había una distancia dada por una situación inexplicable, que solo el que la había vivido podía entender, e incluso así era difícil la empatía. Se dio cuenta de que hacia años que no se sentía tranquila, a gusto, que haber vuelto le había abierto los ojos a esta situación, despertando en ella de nuevo la angustia de la indecisión y presintió que el Espejo había detectado su dilema, incluso antes que ella. Recordó el momento en que lo vio, como se sintió inmediatamente atraída hacia el, hacia su fascinante belleza que Aureliano encontró extraña y...

—Ay no. Abuela, ¿Que pasa si alguien vivo cruza el Espejo? Alguien que no es el guardián.

—Debes tener mucho cuidado de que nadie vea el Espejo. Es muy peligroso. Emma, no me digas que alguien más lo vio.

—Mi... Aureliano, un amigo estaba conmigo cuando cruce. Yo estaba llorando, el me abrazó y creo que sin querer vino también.

—Emma, esto es muy grave.

—Debes ir a buscarlo inmediatamente. Ya ha pasado demasiado tiempo aquí.

—¿Yo? ¿Pero a dónde?

—Nosotros no podemos dejar este lugar. Ya lo elegimos, y estamos atados a él. Vamos, te explicare.

Se levantaron de la mesa y caminando veloces sa-

lieron de la cocina. Al ver el movimiento, Salem los siguió con paso ligero.

—Escúchame bien. Las almas que no pertenecen acá, son consideradas perdidas y condenadas a un lugar oscuro, terrible. Una Criatura, sin nombre y sin forma, juega con estos seres, los atormenta, mostrándoles el paraíso para luego quitárselos, hasta volverlos adictos. Se vuelven locos. Normalmente son personas que en vida tenían problemas, estaban solos, y nadie los ayudo a morir. Buenas o malas, no tenían nada positivo a que aferrarse, y se perdieron.

—Pero Aureliano no estaba solo, estaba conmigo...

—Sí, pero esta vivo. Al traerlo, así haya sido por accidente, rompieron las reglas, y esto siempre trae consecuencias. Probablemente su confusión era tan grande, que llamo la atención de la Criatura. El hecho de que no estuviera contigo cuando despertaste, me lo confirma.

—¿Y ahora? ¿Como llego a ese lugar?

—Debes saltar.

Las protestas de Emma fueron ignoradas, y se limitó a seguir a sus abuelos, que avanzaban sorprendentemente rápido por la casa, hasta salir al amplio patio. Su abuela la tomó por la mano y la guió hasta el límite del terreno, donde para sor-

presa de Emma, no solo terminaba el jardín, sino aparentemente, también el mundo. Mas allá del borde, donde debería continuar la tierra para convertirse en calle, no había sino un vacío oscuro, como un pozo sin fondo.

—No querrás decir...

——Si. La única manera de ayudar a Aureliano, es saltando. Solo así podrás encontrarlo.

——Pero abuela, tiene que haber otra manera. No puedo simplemente saltar al vacío, no se que hay allá abajo!

—Quisiera que así fuera, pero no la hay. Esta casa es una fantasía, un producto de la imaginación de tu abuelo y mía, que busca recrear el lugar donde vivimos y fuimos felices. Es lo único que queríamos, y por lo tanto no existe mas nada. El lugar donde esta tu amigo, es un lugar oscuro, donde la realidad y las pesadillas se mezclan. Y la única manera de llegar a el, es dejándote llevar por la oscuridad. Ojala pudiéramos ir contigo, pero estoy segura de que vas a estar bien. Salem te acompañara.

Emma vio hacia el borde del precipicio, tratando de distinguir algo que le indicara que tan profundo era, o por lo menos que había abajo, pero lo único que podía ver era una oscuridad que parecía viva, asfixiante. Toda su vida, Emma había hecho

las cosas con cautela, siempre tenía un plan de acción, le gustaba tener toda la información antes de tomar cualquier decisión. La idea de saltar, sin saber que le esperaba se le hacía aterradora. Cualquier cosa podía salir mal, y si por algún milagro sobrevivía la caída sin romperse todos los huesos, tendría que enfrentarse a una Criatura desconocida, ¿Como iba a hacer eso sola? Sintió que algo le jalaba el ruedo del vestido, y al bajar la vista encontró a Salem, que se había elevado sobre sus patas traseras para llamar su atención. Lo recogió y lo abrazó, sintiendo su suave pelaje haciéndole cosquillas en las mejillas, respirando el olor que le había hecho compañía durante tantos años, y que incluso en muerte permanecía a su lado. Recordó que alguna vez soñó adoptar una mascota con Aureliano, y pensó que aunque las cosas entre ellos no habían resultado, le debía por lo menos intentar ayudarlo. Respiro profundo, y dirigió una última mirada a sus abuelos, que la miraban preocupados.

——Confía en nosotros mi niña. Y confía en ti misma.

Sin responderles, por miedo a arrepentirse, Emma dirigió su vista nuevamente al hoyo negro que tenía en frente. Con las palabras de su abuelo resonándole en los oídos, dio un paso adelante, luego

otro, hasta que lo que sintió bajo sus pies no fue tierra, sino aire que no resistía su peso y sintió como el viento levantaba su vestido, las uñas de Salen aferrándose a ella, y su cabello bailaba descontrolado alrededor de su cabeza. Trato de mantenerse derecha, pero pronto la gravedad hizo que perdiera el control de su cuerpo y cayó libremente, sin dirección ni sentido, sus ojos llorosos por el esfuerzo de tratar de despejar la oscuridad. Caía, caía, caía sin acercarse al fondo, por tanto tiempo que pensó que iba a estar así para siempre, suspendida en el tiempo en un descenso interminable. Pero de repente, distinguió a lo lejos lo que parecía ser suelo, acercándose cada vez mas rápido, haciéndose nítido hasta que pudo distinguir que era grama. Se dio cuenta de que no podía frenar su caída y que pronto se estrellaría contra el suelo y moriría. Cerró los ojos, preparándose para el impacto sosteniendo a Salem con más fuerza, tratando de proteger su pequeño cuerpo del golpe, pero este nunca llego. Al mirar, se dio cuenta de que su caída se había detenido unos centímetros antes de tocar el suelo. Respirando entrecortadamente, estiro sus pies, hasta sentir bajo ellos la tierra firme, agradecida de seguir viva, dio unos pasos dubitativos, probando el terreno, asegurándose de que era sólido y real. Salem emitió un maullido, de

un salto se libro de los brazos de Emma, agitando su cuerpo como si quisiera espantar el susto. Comenzó a caminar, al ver a donde se dirigía, la joven quedo boquiabierta. Se dio cuenta de que estaban en la casa de sus abuelos, pero parecía ser la versión de una película de terror. El patio, que usualmente estaba verde, cuidado por las atenciones cariñosas de sus abuelos, quienes habían pasado su vida sembrando toda clase de flores y plantas, estaba completamente consumido. La grama demasiado crecida y salvaje, le llegaba por encima de los tobillos. Y frente a ella, se alzaba el edificio, la misma estructura maciza e imponente, pero a esta no llegaba el sol. Se veía gris, abandonada, las ventanas estaban rotas, las paredes carcomidas. La puerta estaba abierta, haciéndole una invitación tétrica, como las fauces de un dragón de cuento, justo antes de lanzar una llamarada de fuego.

——Es ahora o nunca, Salem.

Con el felino pegado a sus pies, Emma entro en la casa, sintiendo como el corazón le latía en los oídos. Sus sentidos estaban alterados, cada movimiento o sonido la hacia dar un brinco, esperando ser atacada en cualquier momento. El piso crujía bajo sus pies, amenazando con romperse bajo su peso, abriendo las puertas del infierno. La joven camino lentamente, analizando el espacio.

Por donde quiera que veía, encontraba abandono, destrucción. Todo el cuidado y esfuerzo que había puesto Elena para hacer el hogar perfecto, parecía haber sido puesto en este caso para obtener el efecto contrario. El papel tapiz de las paredes estaba rasgado, como si hubiera sido arrancado por alguien en un acto de desesperación. En la sala, los muebles estaban rotos, las patas reventadas, para que nadie se sintiera bienvenido a tomar asiento. En vez de flores, en el jarrón había moho y hongos retorcidos, que recordaban a manos enfermas, artríticas. Las ventanas rotas, dejaban entrar un viento frío, que helaba la sangre y hacía extrañar la luz cálida del sol. De un salto, Salem se subió a los brazos de Emma, buscando calor en su pecho. A medida que se adentraba en la casa, el frío iba aumentando. Cuando respiraba, una nube blanca salía por su boca y su nariz, transportándola a un invierno helado sin el consuelo de una taza de chocolate caliente. Se hizo tan intenso que su cuerpo comenzó a temblar incontrolablemente, los dientes repicando dolorosamente en su boca. La temperatura descendía tan rápidamente, que todo a su alrededor comenzó a adquirir un tono azulado, y asustada vio como una capa de escarcha empezaba a recubrir todo, desde el suelo hasta los muebles rotos, progresando como cule-

bras que querían devorarse todo, incluso los adornos. La habitación comenzó a temblar, como si el frío le estuviera helando los cimientos igual que a Emma, quien grito al escuchar como el jarrón de flores explotaba, seguido por portarretratos, figurillas de cerámica, ceniceros, que uno a uno estallaban, desperdigando partículas afiladas de cerámica, cristal y hielo por todas partes. Tratando de proteger a Salem y a si misma de los fragmentos, Emma corrió, huyendo de la helada imparable, buscando refugio en la cocina, la habitación mas cercana. La abrió, en inmediatamente noto que el frío disminuía y sus pulmones agradecieron el aire cálido, pero su alivio duro poco, porque se dio cuenta que la cocina no era esta, sino que se encontraba en la habitación de su abuela, y que la luz del sol que usualmente arropaba gentil la tocadora, entraba ahorita intensa como el haz de una lupa, la madera del elegante mueble comenzó a humear, y en ella brotaron llamas, que pronto se comenzaron a extender, salvajes, desprendiendo humo gris que hacia que le ardieran los ojos, al borde de las lagrimas. Sollozando, intento salir por donde había entrado, pero la puerta estaba cerrada. No tenia escapatoria, así que decidió buscar refugio en el baño, seguida de Salem, que maullaba como un condenado. Nuevamente, la casa

le jugaba trucos, en vez del escondite esperado, se encontró en el techo, al cual tenía prohibido ir de pequeña. Vio por el borde, con cuidado de no asomarse mucho, y descubrió que una vez más estaba ante un precipicio. El suelo, que normalmente estaba solo a unos cuantos metros, parecía alejarse y acercarse, enrollándose en sí mismo como un caleidoscopio. El sonido de destrucción que la había atormentado desde que entro a la casa, había desaparecido. Ahora, el silencio la consumía, opresivo, insistente como el llanto de un recién nacido, ensordecedor en la ausencia del estrépito. Emma se dio cuenta de que la Criatura, estaba haciendo todo lo posible por asustarla, por sacarla de la Casa, convertida en laberinto de pesadillas.

——¡No me iré! ——Su voz surgió temblorosa pero fuerte de su garganta, haciendo eco en el vacío infinito del cielo, que hacía las veces de caverna. ——¿Me escuchas? ¡No me voy a ir sin Aureliano! El no te pertenece.

Su única respuesta fue su propia voz, que se devolvía como un boomerang en el silencio sepulcral. Desesperada, miro a su alrededor, buscando una salida, pero todas las puertas, estaban selladas. De repente, escucho un sonido, un silbido que iba aumentando en el sigilo, y confundida comenzó a buscar la fuente, pensando que podía llevarla a su

escapatoria, hasta que se dio cuenta de que el ruido era el viento, un viento que iba creciendo, agarrando auge con cada segundo que pasaba, hasta que la rodeo, agitando sus cabellos, amenazando su equilibrio. Horrorizada, vio como se convertía en tormenta, en remolino, y a su alrededor se elevaban trozos de tierra, de árboles muertos y hojas secas. Salem emitió un chillido al ser arrancado del suelo, y Emma lo imitó aterrada, estirando los brazos para intentar alcanzarlo, quedando atrapada ella misma en el aire, dando vueltas incontrolablemente, sintiendo como el mundo se hacía cada vez más borroso, hasta que ya no podía distinguir el suelo, ya no había dirección ni tiempo, solo había viento, y ella girando sin parar, hasta convertirse en nada.

Se despertó sobresaltada, con la respiración agitada. Vio a su alrededor, se encontró sentada en su cama. Poco a poco, recupero el aliento, ajustando su mirada a la luz brillante de la mañana, que bañaba la habitación con reconfortante calidez. Volvió a acostarse, tratando de ponerse cómoda nuevamente, disfrutando la suavidad de sus sábanas. El confort que sentía al estar ahí, disfrutando de los primeros rayos del sol, con la seguridad de estar en el lugar al que pertenecía, pronto hizo que olvidara la pesadilla que había interrumpido

su descanso. Se dio cuenta de que no podía recuperar el sueño, y decidió levantarse. Estiro su cuerpo entumecido, sintiendo como su columna se expandía y sus extremidades se relajaban. Mientras lo hacía, hecho un vistazo por la ventana. En el amplio patio, vio a Aureliano y sonrió. Estaba sentado frente una mesa de madera, con la cabeza enterrada en uno de sus cuadernos, trabajando obsesivamente en su próxima novela. A Emma le encantaba observarlo mientras trabajaba, su mirada intensa viendo el papel, mientras su mente conjuraba mundos de aventuras, misterios y pasión. Agarro el reloj que tenía sobre la mesa de noche, y al ver la hora sintió como su estomago rugía. Se puso su bata, y bajo a la cocina, planeando un desayuno digno de reyes. A medida que recorría los pasillos de la vieja casa, observaba cada detalle. Con ligera preocupación, noto que una grieta había aparecido en una de las paredes de la sala. Le pareció extraño, ya que hasta ese momento la pared estaba perfecta. Dejo atrás este dilema, pensando que era normal que pasaran ese tipo de cosas en un edificio como lo era el antiguo hogar de sus abuelos, que ahora era el suyo. Entro a la cocina, y de la nevera saco huevos y tocineta. Pensó en hacer panquecas, pero al final se decidió por arepas, así que preparo la mezcla rápidamente,

y las puso a cocinar en el budare. Mientras estas se hacían puso a freír la tocineta. Estaba sacando un bol para poner los huevos, cuando una pequeña sombra peluda entro en la habitación. Sonriendo, Emma se agacho para recoger a Salem en sus brazos, pero se sobresalto al ver que ojos azules, en lugar de verdes, le devolvían la mirada. Revisó el collar, y vio que en la placa leía “Salem II”. Claro. Se había confundido. Salem, el primero, había muerto hacia años, y ella y Aureliano habían decidió adoptar a su sucesor cuando se mudaron juntos. Eran muy parecidos, excepto por el color de ojos. Sintióse extraña después de ese lapsus mental, Emma volteo su atención nuevamente a la comida. Se lavo las manos y tomo cuatro huevos, cascando uno, a uno. Para su consternación, vio como pedazos de cáscara quedaron atrapados en el viscoso alimento. Intento sacarlos con los dedos, pero los fragmentos los esquivaban burlescos. Frustrada, agarro un trozo grande de cáscara. Recordaba que su mama le había dicho alguna vez que esa era la mejor manera de sacarlas, pero en su intento por hacerlo, la delicada concha se partió, invadiendo aun mas el huevo crudo. Ya se había resignado a dejarlo así, cuando el olor a quemado dirigió su atención a la estufa. Rápidamente apago la hornilla molesta consigo misma, retiro

la sartén que contenía la tocineta, completamente quemada e incomible. Respiro profundo, decidió no dejar que su humor se viera afectado. Esas cosas pasaban. Aun quedaban las arepas, que eran más que suficiente. Así que una vez que estuvieron listas, las acomodo en una cesta, tapadas con un paño, saco de la nevera jamón, queso y mantequilla, colocando todo sobre una bandeja. Por ultimo, tomo una botella de jugo de naranja, pero al abrirlo descubrió que estaba piche, así que lo reemplazo por simple agua. Se dirigió a la puerta trasera, que daba al amplio jardín donde trabajaba Aureliano, pero antes de salir se detuvo al ver algo que le llamo la atención. En la parte de arriba de la puerta, justo sobre el marco, había otra grieta. Dos en uno solo día. Comenzando a preocuparse, salió al jardín. El aire fresco la tranquilizo un poco. Respiro profundo y con paso decidido se dirigió a donde estaba Aureliano, que no había advertido su presencia.

——Buenos días.

Apoyo la bandeja frente a su pareja, que por fin levanto la vista. Con una gran sonrisa, dejo el bolígrafo y arrimo una silla para que Emma pudiera sentarse.

——Que rico, mi amor. Buenos días.

——Bueno, vamos a ver si esta rico. Me pasó de

todo haciendo el desayuno, al final lo único que salió fueron las arepas.

——Seguro están buenísimas.

Emma lo observo mientras agarraba una, y la abría. Ella prefirió esperar, el hambre que sentía inicialmente había disminuido.

——¿Te diste cuenta que hay unas grietas saliendo en la casa? Vi dos apenas ahorita.

——No, no me he fijado.

——Deberíamos mandar a revisarlo.

——Claro.

Aureliano masticaba su arepa con gusto. Emma sonrió, viendo como unas migajas de masa se le caían en la camisa, y pensó que su pareja a veces se comportaba como un niño pequeño. Nuevamente sintió como se le abría el apetito, y decidió prepararse una. Abrió el suave redondel, y le unto mantequilla. Se dispuso a ponerle queso, pero al sacarlo del Tupper le llegó un olor nauseabundo, que le indicaba que estaba pasado.

——Aureliano, ¿Como puedes comerte eso? Esta podrido.

——¿Tu dices? A mi me sabe bien.

Emma aparto el queso, y se dispuso a comer la arepa sola con mantequilla, pero al morderla, al sabor afilado de la sal en exceso le invadió el paladar, haciéndola escupir el pedazo de masa en una

servilleta.

——¿Que paso mi amor?

——Esto esta incomible, tiene demasiada sal.

——A mi me parece que te quedaron perfectas.

Nerviosa, la joven empujo su plato, dejando la arepa casi entera. No entendía como Aureliano podía comérsela, a menos que hubiera perdido el sentido del gusto. Trato de distraerse disfrutando del paisaje de ese jardín que le pareció siempre reconfortante. No podía sacudirse la inquietud, ese sentimiento que había estado acumulándose en su estomago, y que ya no podía ignorar. El sol estaba alto, su luz era suave, y Emma se dio cuenta que desde que se levantó hasta ahorita, no parecía haberse movido. Comenzó a asustarse, sin saber muy bien por qué.

——Emma, ¿te pasa algo?

——No lo se, hay algo que no esta bien. La comida, las grietas en la casa...y tengo esta sensación, no puedo dejar de pensar que estoy olvidando algo, pero no se que es.

——A lo mejor dejaste una hornilla prendida.

——No, no es nada así. Es como si tuviera algo que hacer, algo importante, pero no puedo recordar que es.

——No te preocupes, no debe ser nada.

Aureliano extendió su mano y la poso sobre la de

Emma, tratando de reconfortarla. Se levanto de su silla, y acerco su rostro al de ella.

—Tranquila. Todo es perfecto.

Al decir esto inclino su cabeza, y le dio un beso en los labios que intentaba ser suave, dulce. Este gesto, en otro momento bienvenido, se le hizo grotesco y nauseabundo. Emma se alejo rápidamente, sintiéndose mareada, la frase “todo es perfecto” resonando en su cabeza como un grito, despejando su mente y haciéndole recordar todo.

—Tu no eres Aureliano.

El hombre la miro por un momento, componiendo en su rostro una mascara sonriente, siniestra, que se extendió hasta deformarlo, expandiendo una oscuridad que se convirtió en humo y consumió la figura del falso Aureliano, haciendo que se desvaneciera en el aire como los gases tóxicos de combustible encendido. Todo a su alrededor empezó a extinguirse de la misma manera, al hombre lo siguió la comida, la mesa, las sillas, el mismo suelo. Emma corrió, dirigiéndose a la casa, y al entrar se dio cuenta de que las grietas se habían extendido como las raíces de un árbol enfermo, cubriendo todas las paredes, el suelo, el techo, hasta los muebles, emanando ese humo toxico, negro que se había llevado la mentira, y ahora venia por ella. Convencida de que su salvación era

encontrar El Espejo, aceleró el paso, huyendo de la oscuridad, buscando con locura el camino hacia las escaleras que la llevarían al segundo piso, a la habitación secreta y a su objetivo, pero apenas pisó el primer escalón, este también se disolvió en una nube de cenizas. Emma perdió el equilibrio y sintió como la oscuridad se enroscaba en sus piernas y la jalaba, sumergiéndola en sus profundidades, hasta que ya no pudo luchar y la luz bella del domingo perfecto desaparecía de su mirada y se convertía en tinieblas.

La oscuridad lo llenaba todo. Era de un negro absoluto, impenetrable, que no daba cabida a la imaginación, porque nada bueno podía sobrevivir en ella. Emma podía sentir un suelo de piedra fría bajo su cuerpo, pero no se atrevía a moverse. Se sentía desolada, derrotada, curiosamente no tenía ganas de llorar. El cansancio y la desesperanza le habían entumecido los sentimientos, sumiéndola en una apatía casi absoluta. Era vagamente consciente de los dolores de su cuerpo, no sentía ningún interés por remediarlos. Se quedó así, tumbada en un suelo que no podía distinguir, con la mirada perdida en el infinito azabache. Podía escuchar su respiración constante, resonando en sus oídos y llenando la habitación, ininterrumpida. No supo cuánto tiempo estuvo así, jugando con

el aire en sus pulmones, contando cuanto tiempo podía contenerlo. De pronto, un sonido la saco de su abstracción. Un quejido, débil, como el llanto de un niño asustado llego a sus oídos.

——¿Hola?

Su voz se escucho demasiado alta, invasiva en el silencio sombrío. El quejido se detuvo.

——¿Emma?

La voz de Aureliano retumbo en la habitación oscura, su origen misterioso pero cercano. Emma se puso de pie con dificultad, buscando estabilidad en la negrura impenetrable, estirando los brazos hasta sentir una pared, también fría. Se apoyo en ella, aferrándose a su solidez en el vacío que la rodeaba, estableciendo su equilibrio.

——Emma, ¿eres tu?

Sintió como otra vez el miedo la invadía, un miedo casi irracional que la hizo aplastarse contra el muro, buscando seguridad y refugio en lo único tangible en aquel lugar hecho de sombra.

——Ya basta. No más juegos.

——Emma, soy yo. Soy Aureliano.

No le respondió. Cerró los ojos y contuvo la respiración, escuchando el sonido de los pasos repicando contra la piedra, rogando con todas sus fuerzas que la Criatura no la encontrara, porque tenía la certeza de que era otra de sus ilusiones y

que el verdadero Aureliano estaba perdido para siempre en las tinieblas. El sonido se hacia mas cercano. Emma encogió su cuerpo tratando de hacerse pequeña, indetectable, porque no tenia fuerzas para enfrentarse a mas juegos mentales. Pero inevitablemente percibió como algo grande, corpóreo se cernía sobre ella, erizando su piel al percibir su aliento cálido.

——No, aléjate de mi. Por favor, no me mientas más.

Lagrimas inducidas por el pánico comenzaron a brotar de sus ojos en una cascada imparable, cuando sintió unas manos dubitativas acercarse a ella, rozando su piel tentativamente, luego aferrándose con fuerza a su hombros, para después tomarla y rodearla con brazos fuertes y familiares, envolviéndola en una calidez que despejaba su mente y sacudía el frío de sus huesos.

——Soy yo, Emma, soy yo. Esto es real.

Sintió los labios de Aureliano rozando su oído al decir esto, y lentamente despegó las manos de sus costados, tanteando en la oscuridad hasta encontrar el rostro que acompañaba la voz. Suavemente, identificó cada rasgo, reconstruyéndolo en su mente, usando sus recuerdos de el, hasta que casi pudo ver los ojos risueños, su nariz un poco grande, y sus labios, esos labios que tantas veces

la habían hecho sentir amada, y que sonreían a la vida con la facilidad de un niño. Este contacto, abrasador en la frigidez de la sombra, fue como un ancla para Emma, y se aferro a ella eliminando la poca distancia que quedaba entre los dos. Lo beso con fuerza, con una energía casi agresiva, que mezclaba el placer con el dolor, y que atenuaba su miedo con la certeza de que aquel era el verdadero Aureliano, que le devolvía el beso con el mismo ímpetu, atrincherándose en ese momento de seguridad, de refugio, de entendimiento. La oscuridad no fue un obstáculo, sus manos, sus bocas y oídos fueron suficientes para reconocerse, para explorarse ávidos, como si fuera la primera y la ultima vez que podrían hacerlo, buscando en el otro la certidumbre de que no estaban solos, y que no todo estaba perdido en aquel hoyo de desesperanza, porque aun podían sentir, sentirse, consumiéndose en ese momento, en ese reencuentro de los sentidos, perdiéndose en la sensación de pertenencia que los arropo hasta que agotados, se sumergieron en un sueño de alborozo....

——¿Que te mostró a ti?

Emma tenia su cabeza apoyada en el pecho de Aureliano, y dibujaba círculos distraídos sobre el, aun si poder ver en la oscuridad, pero sintiéndose segura en la presencia estable de su compañero,

que le devolvía las caricias jugando con su cabello.
—A nosotros. Nuestra vida juntos, la que soñamos en algún momento, solo que estábamos acá. Nunca me fui, vivíamos en casa de mis abuelos, tu estabas escribiendo una novela. Éramos felices. Todo parecía perfecto, pero nada estaba bien. Era como una bella fruta que no notas que esta podrida hasta que la muerdes. En cuanto me di cuenta que algo tan ideal no era normal, se derrumbo la fantasía. ¿Y a ti?

—Algo parecido. Me devolvió cuatro años atrás, cuando te fuiste. Esta vez cumplí con mi promesa y te seguí.

—¿Como te diste cuenta de que no era real?

—Porque algo faltaba. Es como dices, todo parecía perfecto. Pero yo sentía que algo en mí no estaba bien, como si un aspecto importante de mi personalidad se hubiera perdido. Tendría que haberme sentido completamente feliz, pero mas bien me encontraba distante, impasible. Y me di cuenta de que era la culpa. Todos estos años, le he dado vueltas a mi decisión. En aquel momento pensaba que lo estaba haciendo por ti, para no ser una carga en tu nueva vida. Luego entendí que simplemente había sido egoísta, tenía miedo de asumir un compromiso tan grande, atándome a ti en un lugar lejos, donde no iba a ser nadie, cuando

aquí ya empezaba a ser conocido por mi blog. La idea de empezar de cero... me aterraba. Sabía que te había lastimado, y eso me dolía, pero mientras mas pensaba en contactarte, mas me asustaba enfrentarte. Así se me fueron los años y he cargado con eso desde entonces, el arrepentimiento y la culpa me acompañan todos los días, se cuelan en mis pensamientos cuando escribo, transforman el curso de mis palabras. Se han vuelto parte de mí, y una fantasía no puede borrar eso tan fácilmente. Emma escucho estas palabras con atención, digiriendo cada una de ellas. Por mucho tiempo, había esperado una explicación, una disculpa de Aureliano por su comportamiento, por haberla herido tanto, por haber elegido no estar con ella. Obtenerla ahorita, en esa situación absurda en la que se encontraban, y después de haber vivido la mentira de una vida perfecta, se dio cuenta de que no la necesitaba. Ya lo había perdonado, y también a si misma por los errores que habían cometido cuando apenas estaban empezando a acostumbrarse a la idea de que ya no eran niños. Lo abrazo fuertemente, y en la ya familiar oscuridad busco su cara, besándolo sin la ansiedad anterior, sino con un beso tranquilo, reconfortante, con el cual trato de comunicarle lo que sentía, y lo agradecida que estaba de que hubiera sido honesta con ella, sa-

biendo que era difícil para él. Cuando Aureliano volvió a hablar, pudo sentir la emoción en su voz, que le indicó que había recibido su mensaje.

—¿Crees que aun estemos a tiempo? ¿De buscar esa vida juntos?

Emma sonrió, registrando el tono esperanzado.

—Primero tenemos que ver como salir de aquí.

No tenían idea de cuanto tiempo llevaban sumidos en la oscuridad de su prisión. Emma miró a su alrededor, tratando de distinguir algo, la forma de una puerta o una ventana, pero por lo que sabían el cuarto podía medir kilómetros y no había manera de vislumbrar sus límites. Comenzaba a sentir frío, a pesar de la cercanía de su cuerpo con el de Aureliano, y el duro piso aumentaba los dolores de su cuerpo, que eran bastantes después de las experiencias vividas. Le consternaba pensar que su reconciliación con Aureliano se viera limitada a la existencia en ese cuarto, a un confinamiento del cual no tenía idea de como escapar. El miedo y la angustia habían sido reemplazados temporalmente por la felicidad del reencuentro. La incertidumbre había pasado a segundo plano detrás de la certeza de querer estar con ese hombre. Era imposible seguir ignorando esos sentimientos ante la perspectiva de pasar el resto de sus días enterrados en sombra y tinieblas. El deseo de sentir los rayos del sol sobre su

piel, de compartir un día respirando aire fresco con él, de tumbarse sobre la grama abrazados, disfrutando de la felicidad simple de no hacer nada juntos, se hizo tan intenso que le estrujaba el pecho. Quiso con todas sus fuerzas poder verlo, no solo tocarlo, asegurarse de que el también podía verla, despojada ante la idea de amarlo. Tan fuerte era su anhelo que comenzaron a dolerle los ojos por el esfuerzo que hacía, intentando distinguir así fuera una silueta, el destello blanco de unos dientes en la negrura que los envolvía. Y entonces, en una respuesta inesperada a sus pensamientos, sintió como un calorcito se extendía sobre su cuerpo, y pudo distinguir sus propias manos, bañadas en una luz dorada, apoyadas sobre el pecho de Aureliano que subía y bajaba con reconfortante constancia. Recorrió el camino de la luz, hasta llegar al rostro de su compañero, revelando una expresión incrédula en los ojos queridos. Con un grito de emoción Emma lo abrazó, y juntos se incorporaron buscando el origen del milagro fulgurante. Sobre ellos, había aparecido una ventana, un cuadrado pequeño pero lo suficientemente grande para iluminar la cárcel de piedra oscura en la que habían estado cautivos por lo que parecía una eternidad.

—Pero... ¿Cómo? ¿De dónde salió eso? ¿Es otro truco?

—No. No es un engaño. Fui yo.

Aureliano la miró confundido, y Emma rio, divertida ante el descubrimiento que acababa de hacer sobre si misma.

—Yo tengo el control. Soy la Guardiania. Ahora entiendo. Este lugar, no es solo parte del Espejo, también es parte de mi. Son mis decisiones las que lo definen, y si estoy encerrada en la oscuridad es porque pensaba que no tenia otra opción. Pero si la hay, puedo dejar entrar la luz...

—Pero Emma, aquí hay algo que ha estado jugando con nosotros, torturándonos...

—Solo porque lo dejamos. O mejor dicho, porque yo lo hice. Pensaba que no era lo suficientemente fuerte para hacerle frente. Pero si lo soy. Yo tengo el poder de decidir, y elijo no estar acá. Quiero volver a casa. Quiero salir!

Al decir esto, las paredes que los rodeaban se derrumbaron, como si no hubieran resistido la fuerza del eco de su voz rebotando contra ellas. La luz cegó momentáneamente sus ojos, apenas se acostumbraron al resplandor comenzaron a reír, reconociendo el paisaje que les anunciaba que eran libres. Tomados de la mano, corrieron, dejando atrás la prisión, y la casa en ruinas, rebasando en su avance a la oscuridad, que intentaba alcanzarlos sin éxito, debilitada ante la seguridad impasible

de Emma en su propio poder. Al llegar al borde del precipicio, la joven soltó una carcajada de placer, al ver ahí esperándola al felino negro que creía haber perdido por segunda vez. Lo tomo en sus brazos y cubrió con besos su cabeza, recompensados por el sonido gutural que Salem hacia al sentirse contento. Aureliano se acerco y acaricio al gato, visiblemente confundido por el encuentro, pero feliz de volver a sentirse vivo y de ver la sonrisa de Emma.

—¿Ahora qué?— Le pregunto.

—¿Confías en mí?

—Completamente.

—Entonces, sígueme.

Y juntos, con Emma riendo, Aureliano gritando aterrado, y Salem aferrándose con sus garras a su dueña, saltaron al vacío, dejándose llevar por la gravedad que los volvió ligeros, girando hasta que la caída se convirtió en ascenso y se encontraron parados de nuevo sobre tierra sólida, viva, bendita. Emma miro a su alrededor, aliviada se dio cuenta de que había regresado al Otro Lado de sus abuelos, y los vio parados en la puerta de la gran casa, esperando ansiosos su regreso.

—Emma, ¿esos son tus abuelos?

—Sí.

—Pero ellos... bueno, no hay manera de decirlo

con tacto, tus abuelos están muertos.

—Si.

Nuevamente brotó la risa, que ahora llegaba fácilmente a sus labios, gracias a la expresión atónita de Aureliano.

—Te explicare todo después ¿Qué te parece si regresamos a casa?

Ahora fue el turno de su pareja de sonreír.

—Me parece perfecto.

Se tomaron de la mano, y caminaron tranquilos, con Salem rondándoles los tobillos, hacia el edificio que albergaba entre sus paredes tesoros en forma de joyas y pinturas, pero ninguno tan valioso como un viejo Espejo, escondido en un cuarto secreto, que no era un portal a la muerte, sino un sendero a la vida.



Contenido

7	Amaranta
17	La novia del cine
21	El encuentro
25	El reencuentro
29	Café amargo
35	En tránsito
43	El viaje del dragón
63	Emma

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 23 días del mes de noviembre de 2020, el mismo día del año 1939 en que nace el novelista zuliano Jorge García Tamayo.